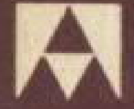
# Cristopher Hill

# La revolución inglesa 1640



# Christopher Hill

# La revolución inglesa 1640



EDITORIAL ANAGRAMA

Barcelona
1977



ISBN : 9788433907578

# PREFACIO

Este ensayo fue publicado por primera vez en 1940. Esta tercera edición presenta ligeras modificaciones con respecto a la primera. Sin embargo, el trabajo en su conjunto debería ser completado y revisado con mayor profundidad a fin de introducir en él los resultados de la investigación más reciente y, en especial, de la obra de Maurice Dobb *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Entretanto, este ensayo debe considerarse como una primera aproximación al tema con todas sus deficiencias y simplificaciones. Para una mayor documentación sobre algunas de las generalizaciones que aquí se hacen, el lector puede consultar mi obra *The Good Old Cause*, publicada en 1949 por Lawrence and Wishart.[1]

1. Este mismo tema se trata de forma más actual y completa en *The Century of Revolution, 1603-1714* de Christopher Hill, que es un volumen de *La Historia de Inglaterra* de Nelson.

De todas formas, tal vez pueda ayudar a la comprensión de este ensayo si intento definir en estas primeras páginas dos conceptos que han llevado a ciertos malentendidos.

Utilizo el término *feudal* en el sentido marxista y no en el más restringido, utilizado por la mayoría de historiadores académicos para describir relaciones estrictamente militares y legales. Por «feudalismo» entiendo un tipo de sociedad cuya base económica la constituye la agricultura y cuyo poder político está monopolizado por una clase de terratenientes. La masa de la población la forman los siervos cuya supervivencia depende del producto extraído de la explotación familiar de sus tierras. Los terratenientes viven de la renta pagada por los campesinos, ya sea en forma de comida o trabajo (en la primera época feudal), ya sea en forma de dinero (hacia el siglo XVI). En dichas sociedades puede desarrollarse también una producción artesana limitada y un determinado intercambio de productos tanto a nivel interno como con el exterior; pero, comercio e industria están subordinados y sometidos al saqueo de los terratenientes y de su Estado. El capital *mercantil* puede desarrollarse dentro de las estructuras feudales sin alterar el modo de producción; el desafío a la vieja clase dominante y a su Estado sólo se pone de manifiesto con el desarrollo del modo de producción capitalista en la industria y en la agricultura.

El uso que se hace en este trabajo del término *progresivo* no implica necesariamente una aprobación moral. Significa simplemente que la tendencia o grupo social así calificado contribuyó a la expansión de la riqueza de la comunidad. Por ejemplo, la explotación capitalista de la tierra en los siglos XVI y XVII

tuvo un carácter «progresivo» porque determinó la producción de mayor riqueza a pesar de que acarreó la expropiación de gran número de pequeños campesinos y de que la riqueza producida por esos nuevos métodos quedó en manos de un reducido número de beneficiarios: la comunidad rural había perdido su equilibrio y la alternativa eran el estancamiento o el empeoramiento económico. La España de los siglos XVIII y XIX muestra bien a las claras lo que este estancamiento hubiera supuesto para la vida política y cultural de la comunidad. A largo plazo, la creación de nueva riqueza debida al desarrollo del capitalismo en Inglaterra abría la posibilidad de una distribución más equitativa, de la misma forma que los horrores de la revolución industrial, en el siglo XIX, crearon la base económica para la transición al socialismo. Así pues, a pesar de que yo personalmente no «apruebe», en términos absolutos, cualquier tendencia que califique de «progresiva», la idea que trato de subrayar es que, *dadas las alternativas posibles en aquel momento,* esa tendencia era progresiva (ya que desarrollaba la riqueza nacional) pues *sin ella* el avance hacia una sociedad mejor habría sido imposible. No hace falta idealizar «la feliz Inglaterra» para darse cuenta de lo mucho que se perdió con la desaparición de la aldea medieval; pero su relativa igualdad y espíritu comunitario iban acompañados por la agobiante pobreza de la gran masa de población y de cualquier modo estaban condenados a desaparecer en el siglo XVI. Igualdad y espíritu comunitario, combinados con un nivel de vida cada vez más elevado, sólo pueden concebirse después de que el capitalismo haya realizado su tarea histórica de sentar las bases de industrialización que permitan el estable-

cimiento de una sociedad socialista. Así, hoy en día, podemos ver, por fin, el camino por el que pueden convertirse en realidad los sueños de los «Igualadores» y «Cavadores» (*Levellers* y *Diggers*) de 1649.

CHRISTOPHER HILL

Marzo, 1955.

# I. INTRODUCCION

El objeto de este trabajo consiste en sugerir una interpretación de los acontecimientos que tuvieron lugar en el siglo XVII, distinta a la que muchos de nosotros aprendimos en la escuela. Esta interpretación, resumida muy brevemente, sostiene que la Revolución inglesa de 1640-60 fue un gran movimiento social al igual que la Revolución francesa de 1789. El Estado feudal que preservaba el orden social antiguo fue violentamente destruido y el poder pasó a manos de una nueva clase, haciendo posible un desarrollo más libre del capitalismo. La Guerra Civil fue una guerra de clases, en la que el despotismo de Carlos I fue defendido por las fuerzas reaccionarias de la Iglesia oficial y de los terratenientes conservadores. El Parlamento venció al Rey porque podía apelar al apoyo entusiasta de las clases comerciantes e industriales de la ciudad y del campo, de los labradores acomodados y de las gentes cultas e, incluso, de amplias masas de la población siempre que éstas estuvieran dispuestas a comprender el significado y alcance de la lucha. El resto de este ensayo intentará probar e ilustrar esas generalizaciones.

La actitud historiográficamente ortodoxa con res-

pecto a la revolución del siglo XVII conduce a error porque no intenta ir más allá de la superficie de los hechos, porque considera a sus actores en su valor aparente y porque asume que el mejor camino para conocer las razones por las cuales el pueblo luchaba es considerar las razones que sus líderes *daban*. Todos sabemos que durante el siglo XVII Inglaterra pasó por una profunda revolución política. Todos hemos oído hablar de Oliver Cromwell y sus *Roundheads,** del rey Carlos y sus Caballeros, y todos sabemos que un rey de Inglaterra fue decapitado. Pero todavía nos preguntamos por qué ocurrió esto, cuál era realmente la situación y si estos hechos tienen en la actualidad algún significado para nosotros.

Por regla general, estas preguntas no han sido contestadas en los libros de texto. El derramamiento de sangre y la violencia que acompañaron a la revolución son desdibujados como incidentes deplorables que ocurrieron cuando los ingleses, por una vez, se rebajaron a la cruel práctica continental de luchar unos contra otros por razones políticas. Pero esto solamente fue debido a que se cometieron errores y se desaprovecharon distintas oportunidades para un compromiso británico. Afortunadamente, nos vienen a decir los libros, hoy somos mucho más inteligentes y juiciosos. De esta forma, nunca se preocupan de darnos razones que puedan parecernos suficientes para justificar la entrega y los sacrificios de nuestros antepasados en sus luchas.

La explicación más usual de la revolución del siglo XVII es la expuesta por los mismos líderes del

* *Roundheads*: nombre que se daba en Inglaterra a los puritanos. (*N. del T.*)

Parlamento de 1640 en su propaganda y en sus llamamientos al pueblo. Desde entonces ha sido repetida, con detalles adicionales y distintas ornamentaciones, por historiadores liberales. Esta explicación consiste en que los ejércitos parlamentarios luchaban por la libertad del individuo y por los derechos que le confería la ley, en contra de un Gobierno tiránico que podía encarcelar sin juicio previo, que imponía cargas tributarias sin pedir consentimiento, que alojaba soldados en las casas, que despojaba a los individuos de sus propiedades y amenazaba con destruir las instituciones parlamentarias que les protegían. Los Estuardo intentaron acabar con las reuniones y las discusiones políticas, cortaron las orejas a la gente que criticaba al Gobierno, recaudaron arbitrariamente impuestos que incidían de forma muy desigual, trataron de destruir el Parlamento y de gobernar el país mediante oficiales directamente designados para ello. Todo esto es cierto. Y a pesar de que el Parlamento del siglo XVII era, incluso, menos representativo de las masas populares de lo que lo es hoy, su victoria fue importante en tanto que estableció una cierta capacidad de autonomía para las clases más ricas de la sociedad.

Pero todavía quedan preguntas por contestar: ¿Por qué el Rey se convirtió en tirano? ¿Por qué las clases hacendadas y los comerciantes, representados en el Parlamento, tuvieron que luchar por sus libertades? En el siglo XVI, bajo el mandato de los Tudor, los abuelos de los parlamentarios de 1640 fueron los más decididos partidarios de la monarquía. ¿Qué fue lo ocurrido para hacerles cambiar de perspectiva? El Parlamento había apoyado a Enrique VII, a Enrique VIII y a Isabel en sus intentos de contro-

lar el país frente a la anarquía y el bandidaje de personajes poderosos, frente a los potentados feudales y a sus ejércitos privados, haciendo de Inglaterra un país apto para el intercambio comercial. El Parlamento había apoyado también a Enrique VIII y a Isabel en su lucha victoriosa contra la Iglesia Católica internacional: el dinero dejó de fluir de Inglaterra hacia Roma y la política británica dejó de ser dictada por los intereses de un poder extranjero. Y, por último, el Parlamento alentó la resistencia de la reina Isabel frente al aliado político del Papado, el Imperio español; y el saqueo del Nuevo Mundo se abrió de par en par ante Drake, Hawkins y todos aquellos lobos de mar que, aunque piratas, eran protestantes.

En resumen, los Tudor estuvieron respaldados por las clases políticamente eficaces porque éstas salieron muy favorecidas del mandato de aquella dinastía. ¿Por qué perdieron este apoyo los Estuardo, Jaime I y Carlos I? A pesar de que muchos historiadores lo hayan argumentado así, no ocurrió, porque Jaime, que sucedió a Isabel en 1603, fuera un hombre particularmente estúpido: un escocés que no entendía a Inglaterra. Uno no tiene más que leer lo que Jaime, Carlos y sus partidarios escribieron y dijeron, o examinar lo que hicieron, para darse cuenta de que, lejos de ser meramente estúpidos, fueron hombres que o bien trataron de imponer una política ya viciada o bien fueron hombres cuyas ideas pertenecían al pasado y por tanto eran reaccionarias. Las causas de la guerra civil deben buscarse en la sociedad y no en los individuos.

Otra escuela de historiadores —que puede calificarse de «conservadora», por oposición a la «libe-

ral»— sostiene que la política real no fue en ningún momento tiránica y que Carlos I, como él mismo dijo ante la Corte que le sentenció a muerte, habló «no sólo por mi propio derecho como Rey vuestro, sino por la verdadera libertad de todos mis súbditos». Clarendon, que abandonó el Parlamento en 1642 y más tarde pasó a ser el primer ministro de Carlos II, desarrolló esa teoría en varios volúmenes de elocuente prosa: su *History of the Great Rebellion.* Ahora esos argumentos son propagados por un buen número de historiadores cuyos prejuicios políticos (simpatías realistas o católicas, y predisposición contra el liberalismo en general), ocultan su falta de comprensión histórica. Creen que Carlos I y sus consejeros intentaban proteger al pueblo llano de la explotación económica de una incipiente clase de capitalistas y que la oposición al rey Carlos fue organizada y puesta en marcha por esos hombres de negocios que identificaban sus propios intereses con los de la Cámara de los Comunes, en política, y con el puritanismo, en religión.

Ahora bien, es cierto que la Revolución inglesa de 1640, al igual que la Revolución francesa de 1789, fue una lucha por el poder político, económico y religioso que, dirigida por la burguesía, enriqueció y fortaleció a ésta con el desarrollo del capitalismo. Pero no es cierto que, frente a dicha burguesía, el gobierno real defendiera los intereses del pueblo llano. Por el contrario, los partidos populares demostraron ser los oponentes más combativos a la causa real, mucho más poderosos, despiadados y decididos que la misma burguesía.

Los intereses defendidos por la monarquía de Carlos no fueron en absoluto los del pueblo llano.

Esta representaba a la nobleza terrateniente y su política estaba influida por una camarilla cortesana de aristócratas especuladores que, como parásitos, chupaban la sangre del pueblo por medio de una explotación económica de la que hablaremos más adelante. La lucha de la clase media para librarse del control de este grupo no debe ser simplemente considerada como una reacción orientada en provecho propio; cumplió una función histórica progresiva. Desde el momento en que su propio modo de existencia económica dejó de ser suficiente para mantenerles, los perspicaces terratenientes intentaron introducirse como parásitos en el naciente sistema capitalista. Pero el desarrollo del capitalismo exigía poner fin a este parasitismo que amenazaba con ahogarle, derrocando el Estado feudal. Debía permitirse el libre desarrollo del capitalismo en beneficio de las masas populares. Bajo el orden social antiguo, en el siglo anterior a 1640, los salarios reales de los trabajadores industriales y agrícolas disminuyeron en más de la mitad y en el siglo posterior a 1640, en cambio, se duplicaron.

El nuevo desarrollo económico de los siglos XVI y XVII superó definitivamente el viejo sistema político, económico y social. Sus defensores, que recordaban con nostalgia la relativa estabilidad y seguridad del campesinado de la Edad Media, eran muy poco realistas y, en definitiva, reaccionarios. Su papel era semejante al que en la actualidad desempeñan los liberales que piensan cuán magnífico sería que el capitalismo pudiera seguir actuando al estilo «liberal» del siglo XIX, sin tener que recurrir tan frecuentemente al fascismo y a la guerra. Pero las bonitas palabras no alteran los procesos históricos. La historia sigue su curso y olvida a los apologistas de un

sistema imaginario, de la misma manera que olvidó a los defensores de Carlos I.

Una y otra teoría son parciales. Los liberales, subrayan la naturaleza progresiva de la revolución, pero omiten el hecho de que la clase que encabezó la revolución y sacó mayor provecho de sus resultados fue la burguesía. Su interpretación perpetúa la leyenda según la cual los intereses de la burguesía son idénticos a los de la nación; una leyenda obviamente útil para nuestra época, a pesar de que resulte aún menos verdadera ahora que en el siglo XVII. Por otra parte, los conservadores subrayan la naturaleza de clase de la revolución en un triple intento de negar su carácter progresivo y el valor que tuvo en su momento, disimular los defectos del sistema feudal, y sugerir que las revoluciones nunca pueden beneficiar más que a un grupo reducido. Una versión reciente de esa argumentación insinúa que en política todo es juego sucio, que los principios son meras palabras y las revoluciones inútiles.

Sin embargo, ambas tendencias hacen hincapié en una tercera y más familiar teoría, según la cual el conflicto tenía como objetivo el decidir cuál de las dos religiones vigentes, el puritanismo o el anglicanismo, debía ser la dominante en Inglaterra. De nuevo observamos que el efecto de esa explicación es movernos a compasión y a una falta de comprensión con respecto a los hombres del siglo XVII, congratulándonos por el grado de cordura alcanzado por el hombre moderno: hoy en día, a pesar de que muchos anglicanos e inconformistas discrepen unos de otros a nivel personal, ya no salen a la calle a luchar. Pero argumentar así es eludir el tema. Es cierto que las disputas religiosas llenan muchas de las páginas de

la literatura panfletaria del siglo XVII: en último extremo, ambos bandos justificaron su actitud en términos religiosos, creyendo que estaban librando una guerra santa. Pero «la religión» abarcaba un campo mucho más amplio del que abarca hoy día. La Iglesia medieval e incluso la del siglo XVII era algo muy distinto de lo que hoy llamamos Iglesia. Guiaba todos los movimientos del hombre desde la cuna a la tumba y era la puerta de entrada a aquella vida futura en la que los hombres creían fervientemente. La Iglesia educaba a los niños; en las parroquias rurales —donde la gran mayoría de los individuos eran analfabetos— el sermón del párroco era la principal fuente de información tanto de lo que sucedía como de los problemas a resolver y, al mismo tiempo, servía de guía en el comportamiento económico. La misma parroquia era un importante elemento en el gobierno local, encargada de recoger y distribuir las miserables limosnas que recibían los pobres. La Iglesia controlaba los sentimientos de los hombres, enseñándoles lo que debían creer, y al tiempo facilitaba distracciones y espectáculos. Cubría la función de los medios informativos y de la propaganda, en manos hoy de muy diversas y eficaces instituciones: prensa, televisión, cine, casinos, etc. Es por todo ello por lo que los hombres prestaban gran atención a los sermones, y por lo que, con frecuencia, el gobierno precisaba a los predicadores lo que debían predicar.

Por ejemplo, la reina Isabel «templaba sus púlpitos» («de la misma forma que hoy el gobierno de las personas se esfuerza en el control de la prensa diaria», dijo Carlyle); ella se encargaba de distribuir a todos los predicadores un libro oficial de homilías para asegurarse de que divulgaban puntos de vista

correctos. Estas debían «ser leídas con convicción en todas las iglesias parroquiales» y concluían con un sermón dividido en seis partes condenando «la desobediencia y la rebeldía premeditada». Los obispos y sacerdotes eran algo más que los funcionarios actuales; constituían parte integrante de la máquina administrativa del gobierno, y eran los primeros en reconocerlo. Bancroft, prelado del último período del reinado de Isabel, se burló de la reivindicación puritana según la cual la Iglesia debía tratar solamente los problemas que le eran propios, diciendo: «¡Hasta qué punto la Iglesia influye... con estas palabras! Vean el infinito número de asuntos en los que el pueblo sigue los pasos de sus mayores».[2] «No os toméis la libertad» advirtió el prelado anglicano «de convertiros en guía, vosotros sois los corderos... Pues Dios no es un Dios de rebeldía y confusión, sino un Dios de orden y de paz.»[3]

Así pues, la Iglesia defendió el orden existente, con lo cual el Gobierno consideró como tarea de la máxima importancia mantener su control sobre esta agencia de publicidad y propaganda. Por esa misma razón, aquellos que pretendían derrocar el Estado feudal tenían que atacar y llegar a controlar a la Iglesia. Este es el motivo por el cual las teorías políticas eran presentadas en lenguaje religioso. Sin duda, no se trata de que nuestros antecesores del siglo XVII fueran más conscientes y santos varones que nosotros. A pesar de lo que pueda decirse con respecto

2. Bancroft, *A Survey of the Pretended Holy Discipline*, ed. 1593, pp. 281-2.

3. Hooker, *Of the Laws of Ecclesiastical Polity,* Everyman Edition, I, pp. 95-6.

a Irlanda o España, nosotros, los ingleses de hoy somos capaces de formular nuestros problemas en términos seculares precisamente porque nuestros antepasados terminaron con el uso de la Iglesia como un instrumento privativo y opresor del poder político. El hecho de que podamos ser escépticos y tolerantes en cuestiones religiosas, no se debe a que seamos ni más sabios ni mejores, sino porque Cromwell, al usar las catedrales como establos de caballos de la más disciplinada y democrática caballería que el mundo ha conocido, consiguió una victoria que frenó para siempre la represión, física y moral, que caía sobre los hombres que tenían puntos de vista heterodoxos sobre la Comunión. En la medida en que el poder del Estado era débil y estaba descentralizado, la Iglesia con su párroco en cada parroquia, y siendo éste honorablemente recibido en cada una de las casas que la componían, podía explicar al pueblo cuáles debían ser sus creencias y cómo debían comportarse; y más allá de las amenazas y censuras de la Iglesia estaban todos los terrores del fuego eterno. En estas circunstancias, los conflictos sociales se convertían inevitablemente en conflictos religiosos.

Pero el hecho de que los hombres hablaran y escribieran en lenguaje religioso no debe impedirnos constatar que existe un contenido social detrás de lo que, aparentemente, eran simples ideas teológicas. Cada clase creó y trató de imponer la perspectiva religiosa que mejor encajaba con sus necesidades e intereses. Pero el verdadero conflicto es el existente entre esos intereses de clase: detrás del párroco estaba el terrateniente.

Con lo cual no se niega que la «revolución puritana» fuera una lucha religiosa al mismo tiempo que

política; pero fue más que esto. Aquello por lo que los hombres luchaban era precisamente la naturaleza y el desarrollo futuro de la sociedad inglesa. Esta afirmación será explicada en las siguientes páginas, pero ahora es importante poner de manifiesto que los contemporáneos conocían perfectamente bien el sentido de dicha revolución y que, de hecho, lo comprendían mucho mejor de lo que lo han hecho muchos de los historiadores posteriores.

Y no sólo esto, cuando la burguesía hubo obtenido la victoria, intelectuales tales como Winstanley, Harrington, Neville o Defoe reconocieron que la guerra había sido fundamentalmente una lucha por la propiedad. En los momentos álgidos de la contienda, políticos expertos dieron a entender bien a las claras que sabían perfectamente quiénes eran sus enemigos. Y, ya en 1603, Jaime I dijo al Parlamento que los puritanos:

> «No difieren tanto de nosotros en cuanto a la religión se refiere como en su forma confusa de entender la política y la igualdad, mostrándose siempre descontentos con el actual gobierno e impacientes por tener que sufrir alguna forma de autoridad, lo que transforma sus sectas en grupos intolerables para cualquier forma justa de gobierno de la propiedad común.»[4]

Hobbes, el teórico de la política, describe cómo la clase de los mercaderes presbiterianos de la ciudad de Londres fue el primer centro de rebeldía, que intentó construir un Estado gobernado al modo de

4. *Parliamentary History of England,* I, p. 982.

las repúblicas de Holanda y Venecia, por mercaderes que defendieran sus propios intereses. (En los escritos parlamentarios se recurre constantemente a la comparación con las repúblicas burguesas.) La señora Hutchinson, esposa de uno de los coroneles de Cromwell, dijo que todos eran descritos como puritanos, «que confundían las ideas de los indigentes cortesanos, de los sacerdotes simoníacos, de los que pretendían vivir del robo, de la nobleza libertina..., de todo aquel que pudiera tolerar un sermón, una forma modesta de vestir o de conversar, o algo bueno».[5] Baxter, un teólogo puritano de primera fila, fue todavía más explícito:

> «Gran parte de los caballeros y señores de Inglaterra... han tomado partido al lado del Rey... Y gran número de los arrendatarios de esos señores, juntamente con las capas más empobrecidas de la población, a las que los demás llamaban chusma, siguieron a la pequeña nobleza y apoyaron el partido del Rey. Al lado del Parlamento (aparte de ellos mismos) estuvieron la minoría (según algunos cálculos) de la pequeña nobleza de muchos condados, así como la mayoría de los comerciantes y pequeños propietarios independientes y la clase media, especialmente en aquellas corporaciones y condados que vivían de la manufactura de vestidos y productos de ese tipo.»[6]

Y concluyó:

5. *Memoirs of Colonel Hutchinson,* Everyman, pp. 64-5.
6. *Autobiography,* Everyman, p. 34.

«Los pequeños propietarios independientes y los comerciantes son la fuerza de la religión y del civismo en la tierra; y los señores, mendigos y arrendatarios serviles son la fuerza de la iniquidad.»[7]

El porqué Baxter agrupó precisamente a estas clases, se hará evidente enseguida.

7. *Reliquiae Baxterianae,* I, p. 89.

# II. LA BASE ECONOMICA DE LA REVOLUCION INGLESA

## a) *La tierra*

Inglaterra, al iniciarse el siglo XVII, era un país eminentemente agrícola. La gran masa de la población vivía en el campo, dedicada, total o parcialmente, a la producción de alimentos o a la obtención de lana. Hacía siglos que la sociedad inglesa respondía a las estructuras feudales, y estaba constituida por comunidades locales aisladas que producían para su propio consumo y mantenían muy pocas relaciones comerciales entre sí. Pero, gradualmente, a lo largo de los siglos XV, XVI y XVII, empezó a experimentarse un cierto cambio en la estructura de esa sociedad agrícola. Los alimentos y la lana producidos en la aldea empezaron a ser vendidos muy lejos de ésta: las mujeres solteras y los cabezas de familia pasaron a ser productores de mercancías para el mercado nacional.

Además, se daba la circunstancia de que, en 1492, Cristóbal Colón había descubierto América. Los mercaderes ingleses siguieron esa ruta y además penetraron en la India y en Rusia. A medida que se desarrollaban la industria y el comercio y de que el mercado

exterior de telas inglesas se ampliaba, algunas áreas dejaron de ser económicamente autosuficientes. Es decir, éstas tuvieron que ser alimentadas y abastecidas con lana para sus telares. De esta forma llegamos a los inicios de la división del trabajo especializado. En el sur de Inglaterra, por aquel entonces la parte económicamente más avanzada del país distintas regiones empezaron a concentrarse en la producción de determinados productos. Aquellos que tenían dinero empezaron a formar grandes rebaños de ovejas, en sus propias tierras o en terrenos arrendados, a fin de acumular alimento para ese mercado súbitamente engrandecido. Y supieron hacerlo muy bien, pues los precios aumentaron. La plata descubierta en América comenzó a fluir hacia Europa en el momento en que el comercio estaba expandiéndose y las relaciones monetarias entre el proletario de la tierra y el arrendatario, entre el patrón y el trabajador reemplazaban a las viejas relaciones basadas en el pago en especies o en prestaciones de trabajo. Los precios estuvieron en alza a lo largo de todo el siglo XVI: entre los años 1510 y 1580, la comida triplicó su precio en Inglaterra y los textiles aumentaron en un 150 por cien. Esta situación tuvo el mismo efecto que tiene hoy día la inflación. Las personas de rentas fijas se empobrecieron, mientras que los que vivían del comercio y de la producción para el mercado se enriquecieron. Así pues, las clases medias prosperaron, al tiempo que la alta aristocracia feudal (incluyendo al Rey y a los obispos), los pequeños campesinos y los trabajadores asalariados pasaron a ser relativamente más pobres, excepto aquellos pocos que, pertenecientes a esas clases, tuvieron la suerte de introducirse en el nuevo orden.

Hay que tomar en consideración otro factor. Entre 1536 y 1540 (período conocido con el nombre de La Reforma), los monasterios de Inglaterra fueron disueltos y sus propiedades confiscadas. Este hecho formó parte de la lucha por la cual se estableció la independencia nacional de Inglaterra en contra del poder y la explotación de la Iglesia Católica, y por ello fue apoyada con tanto entusiasmo por la burguesía y el Parlamento. Tampoco de esa batalla salieron con las manos vacías, pues gran cantidad de tierras de gran valor, confiscadas a la Iglesia e inaccesibles hasta entonces, pasaron al mercado.

El conjunto de esos acontecimientos estaba variando la estructura de la sociedad rural inglesa. La tierra se transformaba en un ámbito especialmente atractivo para las inversiones de capital. La gente adinerada quería adquirir nuevas tierras y el número de gente con dinero iba en aumento. En la Inglaterra feudal, la tierra se transmitía hereditariamente de padres a hijos, era cultivada según las técnicas tradicionales, su producto se destinaba al consumo de la familia y, comparativamente, cambiaba muy pocas veces de amo. Pero en esta nueva situación y en la medida en que la ley iba adaptándose a las necesidades económicas de la sociedad, la tierra fue transformándose en un artículo, comprado y vendido en el mercado competitivo y, de este modo, el capital acumulado en las ciudades se esparcía por el campo.

Por el contrario, las partes norte y occidental de Inglaterra permanecieron relativamente ajenas a ese nuevo espíritu comercial que irradiaba desde Londres y desde las ciudades portuarias. A pesar de ello, en el sur y en el este, muchos terratenientes empezaban a explotar sus propiedades de forma distinta a la tra-

dicional. Tanto en la Edad Media como en el siglo XVII, lo más importante que aportaba una propiedad rústica era un terrateniente (con lo que ello implica de control sobre el trabajo de los demás) con unos medios de vida. Pero por encima de esto, en la Edad Media, las propiedades más extensas mantenían con su excedente agrícola un cuerpo de servidores fieles que, si la ocasión lo requería, actuaban como guerreros, y, por tanto, constituían la base del poder político de los señores feudales. Sin embargo, ahora, con el desarrollo del modo de producción capitalista dentro mismo de la estructura social del feudalismo, gran número de los terratenientes comenzaron a vender esa porción del producto de sus tierras que no era directamente consumido por las familias que las explotaban, o bien arrendaban sus tierras a un campesino para que produjeran para el mercado. De este modo, los terratenientes empezaron a considerar sus tierras desde una nueva perspectiva: como fuentes de beneficio monetario, de beneficios que por ser elásticos podían incrementarse. Las rentas solían fijarse según un baremo tradicional cuya historia era ya tan larga que todos lo consideraban como algo «habitual», existente desde «un tiempo inmemorial». Era de este modo cómo los terratenientes feudales extraían abusivas cargas fiscales de los campesinos que eran, ahora, extorsionados hasta niveles inusitados. Este proceso por sí mismo constituyó una revolución tanto económica como moral, que supuso una ruptura con todo aquello que los hombres en el pasado habían considerado adecuado y lícito y que provocó aún más serias perturbaciones en el ámbito del pensamiento y las creencias.

Los códigos morales están siempre directamente

relacionados con un determinado orden social. La sociedad feudal estuvo dominada por la costumbre y la tradición. El dinero había sido algo relativamente poco importante. Y era ultrajante para el sistema moral de esa sociedad que determinadas rentas aumentaran repentinamente, y que si los campesinos no podían pagarlas, se vieran obligados a pedir caridad por los caminos, a robar o a morir de hambre. Con el tiempo, las necesidades del capitalismo en desarrollo produjeron una nueva moralidad: el sistema moral según el cual «Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos». Pero, en el siglo XVI, la idea de que el beneficio pudiera ser algo más importante que la vida humana, idea ésta tan familiar para nosotros que nos ha hecho perder el sentido de indignación moral, era algo completamente nuevo y producía repugnancia.

«¿No es mayor ladrón», escribió el moralista puritano Stubbes, «el que priva a un hombre de su fama para siempre, el que toma a su cargo la administración de una casa antes de que su antecesor haya muerto, el que se apodera por la fuerza de los bienes, tierras o pertenencias de otro... que el que roba una oveja, una vaca o un buey movido sólo por la necesidad y con la única finalidad de satisfacerla?» [8]

¿Pero qué importancia tenían esos problemas morales para los nuevos terratenientes y arrendatarios? Estos intentaban aumentar sus ingresos para poder hacer frente al aumento de los precios de los bienes que debían comprar. Eran capaces de desahuciar a los agricultores que no podían pagar las nuevas

8. P. Stubbes, *Anatomy of Abuses*, ed. Furnivall, 2.ª parte, p. 14.

rentas, a aquellos cuyas pequeñas parcelas, que tal vez estaban en vías de ser agrupadas para pasar a formar parte de una propiedad dedicada a la cría de ovejas en gran escala. Con frecuencia, el aumento de las rentas se debió a que la propiedad misma había sido vendida o arrendada a precios competitivos, dominantes en el mercado de la tierra. Y, entonces, el especulativo comprador o arrendatario quería recuperar y obtener un beneficio del capital invertido en forma de dinero, en equipo y en métodos avanzados de cultivo.

Así pues fue apareciendo en los distintos condados del país la figura de un nuevo tipo de agricultor: el agricultor capitalista. Éste podía haber sido un pirata o un traficante de esclavos, un respetable y próspero comerciante de la ciudad o un capitalista rural ligado a la industria del tejido que, en cualquier caso, buscaba una inversión segura para sus beneficios y que, al tiempo, le proporcionara un ascenso en el orden social.

De este modo los terratenientes controlaron los gobiernos locales, ya fuera como señores feudales o como administradores de justicia. Sólo los caballeros eran elegidos por sus camaradas terratenientes para que representaran al condado en el Parlamento. Asimismo, los representantes de los municipios en la Cámara de los Comunes fueron, cada vez con mayor frecuencia, caballeros de la vecindad. Pero ese nuevo campesino podía ser un señor feudal atraído por un mercado próximo, capaz de conseguir un capital para reorganizar la explotación de sus propiedades; o podía ser un arrendatario procedente de los estratos más ricos del campesinado.

Muchos de estos campesinos (los «yeomen») fue-

ron capaces, gracias a su riqueza y habilidad, de retener la posesión de sus parcelas, de extenderlas y consolidarlas y de participar en las *nuevas oportunidades* que les brindó el mercado cuando tuvieron acceso a él. En el siglo XVI, gran número de labradores y caballeros se dedicaron a la consolidación de sus parcelas, hasta entonces dispersas, convirtiendo las tierras de labranza no cercadas en pastos, o incrementando la producción de maíz, fruta, verduras y productos lácteos para el mercado urbano. Modificaban los sistemas tradicionales de tenencias —pasando de un tipo de arrendamientos enfitéuticos a otro por el que se cedían las tierras por breves períodos de tiempo— y desahuciaban sin escrúpulo alguno a los labradores que no podían pagar las nuevas rentas exigidas.[9]

Gracias a todos estos recursos, lograron enriquecerse de igual modo que lo habían conseguido los comerciantes e industriales en las ciudades, y una clase que había conseguido su riqueza de una forma desconocida hasta entonces pasó a ocupar un lugar muy destacado en algunos condados del sur y el este

9. Los contratos enfitéuticos eran los más habituales entre los campesinos y tenían carácter hereditario. Los que estaban en esta situación, y siguiendo las «costumbres de la tenencia», eran inscritos en los documentos legales de ésta como ocupantes. Su derecho a la posesión no siempre era reconocido por la legislación ordinaria. Su deseo por conseguir una completa seguridad jurídica para sus tenencias les llevó a serios enfrentamientos durante los siglos XVI y XVII, mientras que los propietarios de las tenencias (terratenientes) lucharon para hacer todavía más insegura su posición, y para que este problema quedara en manos del tribunal de justicia de la tenencia, presidido por el terrateniente o por su administrador.

de Inglaterra. Esta clase constituyó la base de la famosa aristocracia rural que habría de gobernar Inglaterra durante las tres próximas centurias.

Pero el proceso descrito no culminó hasta 1640. La estructura de la sociedad seguía siendo esencialmente feudal; y lo mismo ocurría con sus leyes y sus instituciones políticas. Todavía existían muchas restricciones legales para la completa y libre utilización capitalista de la propiedad agraria, así como para la libre comercialización de la tierra. Estas restricciones se mantenían vigentes en interés de la Corona, de la clase de los terratenientes feudales y, en menor grado, de los campesinos que deseaban vivir en el marco de la antigua seguridad, pagando los derechos establecidos por tradición. Esta red de precepciones legales debía romperse si se pretendía que el capitalismo rural desarrollara todos y cada uno de los recursos del campo.

Un deficiente sistema de comunicaciones impedía, todavía, el desarrollo total de un mercado nacional, restringía las posibilidades de la división del trabajo y con ello el desarrollo capitalista de la agricultura. Así pues, persistían en muchas áreas, incluso del sur y del este, y por supuesto en las demás áreas de Inglaterra, terratenientes carentes de habilidad, capital, psicología u oportunidad para explotar sus propiedades en la nueva forma. Intentaban, todavía, mantener la ceremonia y la pompa propias del régimen feudal, administrando sus tierras según el método tradicional. Sus cortes estaban repletas de parásitos de sangre azul, parientes pobres y servidores fieles, que no realizaban ninguna función productiva en la sociedad, pero que seguían creyendo que el mundo les debía la vida; los planfletistas burgueses les llama-

ron «zánganos», calificativo que aquéllos habían aplicado a los monjes en épocas anteriores; un astuto administrador de una de esas grandes fincas agrícolas les describió como: «conjunto de individuos inútiles e indisciplinados, viejos magnates y cortesanos, eruditos innecesarios, ...».[10]

El centro de esa sociedad era la Corte real. Dentro de este grupo de terratenientes el más poderoso era la misma Corona, aunque siempre estuviera falta de capital. A su vez, los obispos eran también importantes terratenientes, cuyas tierras, si eran cultivadas, lo eran por arrendamiento. Un contemporáneo observó que «ellos nunca aumentaban o echaban a perder sus rentas hasta el último penique, como solían hacerlo los grandes nobles o incluso los miembros de la pequeña nobleza, sino que arrendaban sus tierras como se hacía cien años atrás».[11]

Eran tiempos difíciles para esos parásitos y rentistas. La subida de los precios impidió que mantuvieran su antiguo nivel de vida y, todavía menos, que compitieran en lujos con los nuevos príncipes comerciantes. Estaban en una situación de deuda constante; con frecuencia, ésta se contraía con algún hombre de negocios de una ciudad próspera que hipotecaba sus tierras, reteniéndolas hasta que la deuda era completamente saldada. La figura del cortesano pedigüeño, orgulloso y empobrecido, hijo menor de una casa noble, era motivo constante de burla popular y de desprecio por parte de la clase media. Sin embargo, esta clase conservaba, todavía, un poder social y po-

10. J. Smyth, *Lives of the Berkeleys,* Vol. II, p. 114.
11. Sir Thomas Wilson, *The State of England,* 1600, ed. por F. J. Fisher, Camden Miscellany, XVI, pp. 22-3.

lítico: el Estado estaba organizado para salvaguardar sus intereses. Su falta de habilidad para reorganizar sus propiedades mantenía una gran cantidad de capital sin invertir. La mayor parte de las tierras ricas de Inglaterra no eran utilizadas de acuerdo con el nivel técnico alcanzado en la época.[12] Se utilizaba el poder de Estado para *impedir* el desarrollo de un mercado nacional.

Cuando empezaron a producirse los cambios en la agricultura, se inició una dura lucha entre todas las clases a fin de sacar provecho de aquéllos. En general, esos cambios tendían a conseguir una mayor productividad, y permitieron a algunos campesinos ricos y a algunos pequeños terratenientes mejorar su posición. Pero, para muchos campesinos medios significaron un proceso depresivo, el aumento de las rentas, toda clase de deudas y el vallado («enclosure») de los campos comunales donde, durante siglos, los aldeanos habían llevado a pacer sus ocas y su ganado. Muchos cabezas de familia, cuyas pequeñas propiedades eran deseadas por un campesino que pretendía consolidar una amplia propiedad destinada a la cría del ganado lanar, fueron brutalmente desahuciados.

> «Vuestras ovejas», escribió sir Thomas More en los inicios del siglo XVI, «que solían ser tan

12. Una situación parecida existe bajo el capitalismo contemporáneo, cuando los grandes monopolios compran los inventos para evitar su uso o cuando se destruyen víveres en un momento en que hay millones de personas que pasan hambre. La Revolución inglesa del siglo XVII, al transferir el poder del Estado a la burguesía, hizo posible el pleno desarrollo de todos los recursos de la sociedad inglesa del siglo XVIII. Para conseguir análogos resultados en la sociedad inglesa actual es necesaria la transición hacia el socialismo.

> sumisas y dóciles y tan poco voraces, ahora, oigo decir, que han pasado a ser grandes devoradoras y tan fieras que se comen y tragan a los mismos hombres».[13]
>
> «La psicología propia de los propietarios agrícolas se revolucionó», resume Tawney, «y durante dos generaciones el perspicaz terrateniente, en lugar de usar su derecho señorial para castigar o evitar la huida de los villanos, se dedicó a buscar defectos en los títulos de posesión, a aumentar constantemente los derechos de admisión, a complicar las costumbres del señorío y a cambiar, a su gusto y antojo, los tratados enfitéuticos por contratos de arrendamiento».[14]

O, como dijo Philip Stubbes: «Los terratenientes convirtieron a sus pobres agricultores en mercancías».

La sublevación contra este tratamiento estuvo latente durante todo este período y por tres veces se convirtió en una rebelión abierta: en los años 1549, 1607 y 1631, pero en cada una de estas ocasiones los campesinos fueron vencidos y sometidos de nuevo.

El Estado es siempre un instrumento de coacción en manos de la clase dominante, y los terratenientes dominaban la Inglaterra del siglo XVI. Algunos de estos agricultores pobres se convirtieron en vagabundos, que erraban por los caminos en busca

13. *Utopia,* Everyman, p. 23.
14. Tawney, *Religion and The Rise of Capitalism,* Penguin, p. 139.

de pan. Por ello se dictaron leyes que ordenaban marcar a los vagabundos o «golpearles hasta hacer sangrar sus hombros». «Los padres de la actual clase obrera», como dice Marx en *El Capital,* «eran castigados por su obligada transformación en vagabundos y pobres. La legislación los trató como criminales "voluntarios"».[15] Otros pasaron a ser jornaleros empleados en las grandes fincas. Y otros fueron utilizados como fuente de mano de obra barata para la naciente industria. Estos dos últimos grupos carecían de tierra que les permitiera subsistir en un año de mala cosecha o si sus amos quebraban. Todos ellos estaban en el camino de convertirse en proletarios, sometidos a las fluctuaciones e inseguridad del capitalismo, y sin otra cosa que ofrecer en el mercado que su trabajo.

> «Esta era la situación de los agricultores», y cito de nuevo a Marx, «primero expropiados, a la fuerza, de la tierra, alejados de sus hogares, transformados en vagabundos y luego castigados, torturados por leyes terriblemente grotescas y sometidos a la disciplina necesaria para el sistema salarial».[16]

De todas formas, debemos cuidarnos de no adelantar en el tiempo estos acontecimientos y de no exagerar su alcance: sólo son significativos como tendencia dominante. De igual manera, el grupo progresivo de terratenientes y granjeros aparece como una nueva clase en expansión en forma tal vez superior

15. Marx, *El Capital,* Vol. I, Dona Torr, p. 758.
16. *Ibid.,* p. 761.

a la que puede justificarse por medios estadísticos. La figura del terrateniente enriquecido no fue típica antes de 1660.

Tal vez debamos recordar los cambios agrícolas que tuvieron lugar en la Inglaterra prerrevolucionaria, situándolos dentro de un determinado nivel técnico. No puede hablarse de una revolución a gran escala por lo que se refiere a la *técnica* agrícola hasta el siglo XVIII, a pesar de que sus inicios pueden buscarse en las décadas revolucionarias del siglo XVII. Los cambios (que se produjeron con anterioridad a 1640), enormemente acelerados en los años comprendidos entre 1640 y 1660, fueron cambios en la propiedad de la tierra y en el volumen de producción más que en las técnicas productivas. Así pues, esos cambios no tuvieron un efecto revolucionario en el conjunto de la sociedad. La nueva clase de los granjeros capitalistas estaba ya presente, confiando en su avance, frenada por las supervivencias feudales sin cuya abolición no podía desarrollarse libremente; y, en alianza con la burguesía urbana durante la revolución, se apoderó del Estado, creando las condiciones para una mayor expansión.

Por otra parte, no fueron sólo grandes áreas del norte y del oeste las que no se vieron afectadas por estos cambios sino que, incluso en las zonas en que éstos no se producían, amplios sectores del campesinado se mantenían en 1640 como semisiervos. Este importante grupo aliado temporalmente con las fuerzas burguesas dominantes contra la Corona que no hacía nada por ayudarle; empezó a luchar, en compañía de otros elementos radicales a fin de impulsar la revolución hacia la izquierda cuando descubrió, después de 1647, cuáles eran las intenciones reales

de sus aliados. Pero, dado que sus inclinaciones y aspiraciones sociales eran en gran parte precapitalistas y volvían la vista atrás hacia una comunidad campesina estable, tenían que ser necesariamente derrotados. Esta corriente no debe ser ignorada puesto que explica por qué en las ideas sociales puritanas y en los deseos sociales de los «igualadores» («levellers») [16 bis] existe una tendencia calificada de «medieval» e incluso de reaccionaria.

### b) *Industria y comercio*

Aunque, con anterioridad a 1640, la mayoría de los ingleses trabajaban en el campo, en la industria y el comercio se produjeron cambios no menos importantes que los descritos en el anterior apartado, y que, además, impulsaron el desarrollo agrícola. Algo parecido a una revolución industrial ocurrió en el siglo anterior a 1640, gracias al estímulo del capital liberado por la disolución y saqueo de los monasterios, o adquirido a través del comercio, la piratería y el pillaje llevado a cabo en el Nuevo Mundo o por el mercado de esclavos. Inglaterra tenía ya una larga tradición como país productor de lana, que exportaba como materia prima a Holanda donde era transformada en paños. Ahora la industria textil inglesa se desarrolló con gran rapidez, y los mercaderes ingleses empezaron a exportar a mayor escala telas ya elaboradas o semielaboradas. Al mismo tiempo, tuvo

16 bis. Los «igualadores» representaban el ala izquierda de los revolucionarios. Más adelante discutiremos quiénes eran y qué pretendían.

lugar un gran desarrollo de la minería del carbón. En 1640, Inglaterra producía más de las cuatro quintas partes del carbón europeo. El carbón jugó un papel preponderante en el crecimiento de otras muchas industrias: hierro, estaño, vidrio, jabón, construcción de buques.

Este despegue industrial provocó una gran expansión en el volumen del comercio inglés, el paso de la exportación de materias primas a la de productos manufacturados originó un cambio en la orientación de su comercio. Inglaterra dejó de ser, únicamente, la fuente de materias primas para los países de Occidente y comenzó a competir con sus manufacturas, para lo que fue preciso ir en busca de mercados lejanos, materias primas e importaciones de productos de lujo, llegando así hasta Rusia, Turquía y las Indias Orientales y Occidentales. Ahí podemos encontrar los inicios de la colonización inglesa, emprendida con la finalidad de desarrollar el comercio y de conseguir el control político absoluto sobre aquellas partes del mundo que Inglaterra deseaba explotar económicamente. La realización de este deseo requería un aparato estatal mucho más potente que permitiera la creación de un poder naval inglés a fin de poder competir con España, el poder colonial mayor de la época.

La derrota de la Armada española en 1588 permitió al comercio exterior inglés desarrollarse libremente. Por otra parte, sirvió para que la burguesía inglesa se diera perfecta cuenta de sus limitaciones examinando su expansión en el interior del país. El Parlamento, en el momento en que la derrota de la Armada creó un sentimiento colectivo de seguridad política, empezó a atacar a la monarquía y su intento

de regular la vida económica del país. (No debemos exagerar el *alcance* de este desarrollo con anterioridad a 1640, porque se vio frenado por muchos y diversos obstáculos, según veremos más adelante: sin embargo la *tendencia* aparece con toda claridad.)

Estos nuevos procesos de desarrollo económico generaron nuevos conflictos de clase. El capital para el desarrollo industrial procedía, directa o indirectamente, de los mercaderes, traficantes de esclavos y piratas que habían reunido grandes fortunas fuera del país, y de aquella parte de la pequeña nobleza enriquecida con el saqueo de los monasterios y con la nueva agricultura. En esa acumulación de capital se incluyeron, también, los ahorros de los labradores («yeomen») y artesanos.

Desde el principio, los mercaderes, organizados en compañías, controlaron las exportaciones, como habían hecho a lo largo de toda la Edad Media; la figura del mercader intermediario dominaba el comercio interior. El sistema económico basado en la fábrica no se había desarrollado todavía; el sistema de «putting-out», según el cual el mercader abastecía de lana o hilo al trabajador y a su familia para que lo hilaran o tejieran en su propia casa (conocido también con el nombre de «sistema doméstico»), significaba que incluso cuando el productor era propietario de sus instrumentos de producción —la rueca o el telar— dependía completamente de su amo en lo que se refería al abastecimiento de materias primas y por tanto en sus ingresos. En temporadas económicamente malas, el trabajador se endeudaba constantemente y, por regla general, contraía sus deudas con el mismo capitalista que le mantenía empleado. De esta forma,

patrones y usureros consiguieron reunir grandes fortunas a expensas de los pequeños propietarios.

Raras veces algún pequeño maestro artesano consiguió mejorar su posición gracias a un afortunado préstamo de capital, indispensable para poder seguir adelante, pero éste no fue nunca el caso general. Esta es la razón por la cual los pequeños productores se unieron a las protestas de los terratenientes feudales contra la «usura». No podían vivir sin préstamos y estaban siempre atados por las elevadas tasas de interés que podían ser exigidas en una sociedad precapitalista. La «usura» fue para el pueblo llano lo que el trabajo asalariado es hoy para sus sucesores. En el sistema doméstico, el patrón explotaba más a sus trabajadores exigiéndoles el pago de elevados precios y tasas de interés que pagándoles bajos salarios. En esta situación empezaba a tomar cuerpo una «pequeña burguesía» con intereses económicos específicos, pero con una composición social en constante transformación, pues mientras sus miembros más emprendedores y afortunados se transformaban en capitalistas, sus capas inferiores iban engrosando las filas de los trabajadores asalariados. Los baluartes de esta clase fueron el este dlel condado de Anglia y la zona sur de los Midlands, transformados posteriormente en los centros de mayor resistencia contra Carlos I.

Por lo que se refiere a la expansión del capitalismo en el comercio y la industria debieron superarse tantos y tan costosos obstáculos como los que se habían presentado en el caso de la agricultura. Durante la Edad Media, el comercio y la industria habían quedado restringidos a las ciudades, donde sufrían el rígido control de los gremios. Estos eran asociaciones de productores que establecieron un monopolio

sobre el mercado local mediante el cual impedían el comercio y la competencia, regulando los precios y la calidad de la producción y controlando a sus aprendices y jornaleros. (Bajo el sistema de aprendizaje, un artesano, antes de instalarse por su cuenta, debía completar una etapa de formación que duraba siete años.) Este sistema presuponía un mercado local estático y cerrado; la teoría económica feudal se basaba en la idea de una sociedad relativamente estable.

Pero ahora el mercado pasaba por una fase de expansión: el conjunto de la nación estaba transformándose en una unidad económica. El capital pretendía conseguir beneficios a través de la inversión en cualquier actividad económica y al capitalista no le importaba dónde se vendían sus productos si se le aseguraba que su venta iba a acarrear un beneficio. Se rompieron las barreras locales que se oponían al comercio. El mercado rural no pudo seguir forzando a los campesinos de los alrededores, pues tuvo que hacer frente a la competencia de los mercaderes de Londres, que distribuían sus productos y compraban los propios de la artesanía local. La competencia terminó con el monopolio. Por lo que se refiere al comercio exterior, los mercaderes vieron mayor ventajas en unirse formando compañías para su propia defensa en los viajes largos y en los mares indefensos: en aquellos tiempos, muchos de los mercaderes eran piratas durante su tiempo libre. El Estado de los Tudor consiguió mantener un cierto control sobre estas compañías, vendiéndoles su protección y generosas cartas de privilegios.

Pero la situación era muy distinta en la industria. Los altos niveles de calidad alcanzados por los gre-

mios de artesanos rurales y sus limitaciones de la competencia y el rendimiento, aparecían a los ojos de los emprendedores capitalistas como estúpidos obstáculos para la libre producción, que les impedían salir al paso de las demandas de un mercado en desarrollo. Para escapar a esas trabas, la industria se desplazó de los municipios a los suburbios, a las ciudades no incorporadas al sistema gremial y a las zonas rurales, donde la producción estaba libre de interferencias y reglamentaciones. Allí encontraron una fuente de mano de obra barata en los campesinos arruinados y expropiados por los cambios agrícolas de aquel entonces. Muchas de las nuevas industrias —la minería del carbón y del alumbre, por ejemplo— fueron empresas totalmente capitalistas desde su inicio. Sin embargo, las ciudades corporativas intentaban todavía monopolizar el comercio local a fin de convertir sus mercados en embudos por donde debieran pasar todas las mercancías.

Por otra parte, los mercaderes intermediarios intentaban satisfacer las demandas de Londres y de los mercados de exportación tratando directamente con el productor (por ejemplo, en el caso de los productos alimenticios). Así, entraron en conflicto con la regulación de los mercados de las ciudades corporativas y con sus reaccionarias oligarquías. Sus privilegios y restricciones, así como el sistema de aprendizaje, seguían siendo un serio obstáculo para el pleno desarrollo de los recursos productivos del país y para el libre trasvase del capital a la industria. Los gremios representaban un tipo de intereses tan ligados a la estructura social propia del feudalismo que se oponían por principio a las fuerzas innovadoras y liberadoras del capitalismo.

Cuando el viejo control industrial se desmoronó, la Corona, en interés de la clase de los terratenientes feudales (y de un reducido grupo cortesano de financieros y bandidos), intentó imponer nuevos sistemas de control.

Cuando los gremios quedaron superados, la Corona intentó mantener bajo su control, a nivel nacional, el comercio y la industria por medio de los monopolios (venta a un particular de los derechos exclusivos de producción, de venta de una mercancía concreta o del derecho de comerciar con un determinado mercado extranjero). A continuación examinaremos por qué este intento no dio resultado y las graves consecuencias que su fracaso ocasionó a la monarquía.

Podemos darnos cuenta de cómo esta expansión industrial y comercial afectó a la agricultura y al sistema de posesión de la tierra: puesto que los cambios agrarios estuvieron motivados en parte por la creciente demanda de alimento para las nuevas áreas urbanas, en parte por la demanda de lana para la naciente industria del tejido y en parte por la búsqueda de minerales. En cada caso las necesidades de la clase comerciante eran idénticas a las de los agricultores capitalistas y terratenientes progresivos. De este modo, la emigración del capital hacia las zonas rurales, tanto si se realizaba en forma de arrendamientos o compra de propiedades agrícolas o en forma de préstamos, llevó consigo un nuevo espíritu de negocio y competencia a las relaciones sociales agrarias hasta entonces relativamente estáticas y tradicionales. En los casos en que las familias de agricultores y terratenientes habían ocupado durante siglos sus res-

pectivas tierras, pagando una renta no-económica,[17] las relaciones diferían mucho de las existentes entre el nuevo comprador y el arrendatario capitalista.

El aspecto que debe remarcarse es el siguiente: en Inglaterra existía una gran masa de capital que mercaderes, labradores y nobles deseaban invertir, de la forma más libre posible, en el proceso expansivo de la industria, el comercio o la agricultura. Sin embargo, este deseo se veía constantemente frustrado por las reminiscencias feudales del campo y la ciudad, así como por la política gubernamental que servía conscientemente a los intereses de la vieja clase dominante (los terratenientes) con el fin de restringir la producción y la acumulación de capital. Así pues, la burguesía, en su ataque contra las propiedades de los terratenientes feudales y contra la oligarquía de los grandes mercaderes que, aliados con la Corona, intentaban monopolizar los beneficios comerciales, jugó un papel progresivo, representando los intereses del país en su conjunto.

En 1640 Inglaterra seguía siendo gobernada por los terratenientes y las relaciones de producción conservaban parte de sus características feudales, sin embargo existía ya un amplio sector capitalista en expansión, cuyo desarrollo no podía ser obstaculizado

17. Por ejemplo, una renta que no correspondiera al precio obtenible ahora por la tierra. El terrateniente podía incluso sacar más provecho alquilando sus tierras a un precio alto que recibiendo personalmente los servicios, prestaciones en especies, etc., que solía obtener de sus agricultores. Así pues, si los labradores con contratos enfitéuticos hubieran conseguido la seguridad de la tenencia, esto hubiera supuesto un fuerte obstáculo para el desarrollo de la agricultura capitalista a gran escala. (Ver p. 31 n.)

eternamente por la Corona y los terratenientes feudales. El número de proletarios era muy limitado (excepto en Londres), puesto que la mayoría de los productores acogidos al sistema de «putting-out» eran al mismo tiempo pequeños campesinos. De todas formas, estos campesinos y pequeños artesanos iban perdiendo gradualmente su independencia. El alza generalizada de los precios fue para ellos un duro golpe que les llevó a una dependencia todavía más estrecha de los mercaderes y propietarios. El estatuto de 1563 prohibió al 75 por ciento de la población rural, las capas más pobres, el emplearse como aprendices en la industria.

Así pues, eran realmente tres las clases en conflicto. Los intereses de la nueva clase capitalista, mercaderes y granjeros, fueron temporalmente idénticos a los del pequeño campesinado, artesanos y jornaleros, tanto en contra de los parásitos terratenientes feudales y financieros especuladores, como en contra del gobierno cuya política consistía en restringir y controlar la expansión industrial. Pero el conflicto entre estas dos últimas clases apareció de forma necesaria en cuanto la expansión del capitalismo requirió la disolución de las viejas relaciones agrarias e industriales y la transformación de los pequeños maestros independientes en campesinos o proletarios.

# III. LA BASE POLITICA DE LA REVOLUCION INGLESA

## a) *La monarquía Tudor*

Situada en este marco de transición económica y social, el papel desempeñado por la monarquía de los Tudor queda perfectamente claro. Arraigada en la sociedad feudal, consiguió, hasta cierto punto, mantenerse entre la burguesía y la pequeña nobleza progresiva, por un lado, y los señores feudales, por el otro. Después de que las dos casas nobles más importantes de Inglaterra se destruyeran luchando una contra otra en la Guerra de las Dos Rosas, en el siglo XV, el poder de la clase ascendente y de la clase en declive atravesaron un breve período de equilibrio, durante el cual la función de la monarquía fue la de conceder a la burguesía aquellas peticiones que menos dañaban a la clase dominante. Los mercaderes deseaban una Inglaterra unida, ordenada y vigilada, con un sistema uniforme de leyes, pesos y medidas: Enrique VII y sus sucesores se encargaron de que esa deseada unidad estuviera centrada en torno a la persona del Rey y de que la vigilancia corriera a cargo de la pequeña nobleza rural. La burguesía atacó a la Iglesia por su riqueza e improductividad;

Enrique VIII dirigió la «reforma» de 1529-40, cuidando de que el poder político y una parte de la riqueza de la Iglesia pasaran a manos de la Corona. La mayoría de las tierras monásticas fueron a parar a manos de aquellos que tenían suficiente dinero como para comprarlas y, de este modo, se vio reforzado este nuevo elemento social de las zonas rurales. La reina María consiguió restablecer el catolicismo por poco tiempo, pero no pudo recuperar las propiedades monásticas de manos de sus compradores. De igual forma, la Corona intentó controlar la industria y el comercio en beneficio del erario público, presentándose como defensora de los intereses de los campesinos y artesanos frente a los ricos: pero, en última instancia, tuvo siempre que retroceder ante la burguesía de la que dependía en cuanto a abastecimiento y préstamos.

De hecho, hasta 1590 aproximadamente, la monarquía tuvo muchos intereses comunes con la burguesía urbana y rural: en la lucha contra España, contra la Iglesia Católica internacional, contra las casas nobles rivales que disputaban a la Casa de los Tudor el control supremo y arruinaban el país con sus guerras privadas. De ahí, la colaboración existente entre la monarquía, la pequeña nobleza y la burguesía, en el Parlamento. Pero, llegados a un cierto punto, esta alianza ya no pudo ser mantenida y finalmente la unidad de intereses se desmoronó.

Es cierto que hasta un determinado momento la burguesía y la pequeña nobleza feudal pudieron colaborar dentro del sistema monárquico. En una época en que el saqueo y la piratería ayudaron a una rápida acumulación de capital, los intrépidos lobos de mar de los condados semifeudales de Devon y Cornwall

(sudoeste) consiguieron aumentar su riqueza en una proporción que ni los más precavidos mercaderes de Londres podrían nunca haber imitado. Los aventureros de la clase en decadencia no entraron en conflictos con los nuevos empresarios ni en el saqueo de las colonias españolas, ni en el asalto a los barcos españoles cargados de oro ni en la conquista de tierras en Irlanda y Norteamérica. Los más afortunados consiguieron el capital necesario para poder intervenir personalmente en la producción de mercancías: todavía no habían cristalizado las líneas divisorias entre las clases sociales.

Este costoso proceso tuvo lugar bajo los reinados de Jaime I y Carlos I. Por aquel entonces, los nuevos terratenientes y los comerciantes respetables deseaban ya establecerse en aras de un desarrollo pacífico y de una legitimación del comercio. «La nueva etapa que ahora se iniciaba devolvía el oro que no procedía de compañías legalmente establecidas.»[18] «La paz y la ley nos han arruinado a todos», se quejaba el futuro realista sir John Oglander.[19]

De esta manera la pequeña nobleza feudal, al ver reducidos los ingresos que obtenía de la tierra, pasó a depender cada vez más de la corte para conseguir trabajos y compensaciones económicas; en resumen, aumentó su grado de parasitismo. En la misma medida en que la monarquía Estuardo iba resultando menos útil a la burguesía, iba transformándose en indispensable para la aristocracia y los cortesanos, pues era su única garantía de supervivencia econó-

18. D. Matthew, *The Jacobean Age*, p. 16.
19. Bamford, *A Royalist's Notebook*, p. 13.

mica. Este es el motivo por el cual tuvieron que luchar con tal desespero durante la Guerra Civil.

La monarquía estaba ligada al sistema feudal por lazos más profundos que el simple sentimiento conservador, puesto que el Rey era el señor feudal más poderoso y, a pesar de su situación privilegiada respecto a los demás para sacar partido de la nueva riqueza capitalista, se oponía, no menos que cualquier otro terrateniente, al cambio fundamental de la sociedad que supone el paso del feudalismo al capitalismo.

En los inicios del siglo XVI, la monarquía se había aliado con la burguesía en contra de sus más poderosos rivales: las restantes casas feudales, debilitadas por la Guerra de las Dos Rosas, y la Iglesia. En esta época, la alianza entre la Corona y el Parlamento (representante de las clases terratenientes y mercantiles) era auténtica. Este nuevo tipo de hombres prosperó bajo la protección de la Corona; la monarquía les defendió de las reacciones y revueltas internas, como cuando aplastó la Peregrinación de la Gracia (1536) o en el caso de la sublevación de los condes del norte del país (1569). Asimismo les defendió del poder reaccionario de España (la Armada). El único momento en el que la nación pareció triunfar, aunque por breve plazo, fue cuando la reina María contrajo matrimonio con Felipe de España; y entonces el terror y la destrucción, que sólo podría haberse controlado por medio de una adecuada política real, ayudaron a confirmar el odio nacional contra el catolicismo. Así pues, la colaboración existente entre la Corona y el Parlamento durante la etapa de los Tudor estaba basada en una comunidad real de intereses. Los derechos del Parlamento eran muy restrin-

gidos y la Cámara de los Comunes representaba exclusivamente a las clases terratenientes y mercantiles, mientras que la Cámara de los Lores siguió siendo la cámara más importante, hasta que los Comunes tomaron la iniciativa bajo el reinado de Jaime I. En el período Tudor, el Parlamento no se reunía a menudo, y normalmente aprobaba la política real.

Pero en la última década del siglo XVI, vencidos todos los enemigos internos y externos, la burguesía dejó de depender de la protección de la monarquía, al tiempo que la Corona adquiría clara consciencia del peligro que suponía el incremento de riqueza de la burguesía e intentaba consolidar su posición antes de que fuera demasiado tarde.

Este enfrentamiento puede seguirse a través de las disputas de Jaime I y Carlos I con sus respectivos Parlamentos. La diferencia estaba en el poder relativo de cada una de las fuerzas; Jaime era más inepto que Isabel, pero ésta no es razón suficiente para explicar el fracaso de su política en aquellos aspectos en los que ella había triunfado. Jaime formuló grandes teorías sobre el derecho divino de los reyes mientras que Isabel había guardado prudente silencio; pero esto es un síntoma de la creciente divergencia entre la Corona y el Parlamento y no su causa. Jaime tuvo que definir su posición porque ésta había sido puesta en cuestión. El verdadero núcleo del problema eran las finanzas y ello se había puesto de manifiesto ya en los últimos años del período isabelino. Los precios aumentaban, los nobles se sublevaban, la riqueza de la burguesía crecía a pasos agigantados y en cambio los ingresos de la Corona, al igual que los de la mayoría de los terratenientes, permanecían estáticos e insuficientes para las nuevas necesidades. El

poder independiente de la Corona debía desaparecer, a menos que ésta pudiera utilizar la nueva riqueza, ya fuera *a*) incrementando drásticamente los impuestos a expensas de la burguesía y la pequeña nobleza, ya fuera *b*) tomando parte en el mismo proceso productivo.

La primera alternativa política —incremento de los derechos de aduana, préstamos obligatorios, nuevos impuestos— llevó consigo violentas discusiones en el Parlamento, que llevaba mucho tiempo exigiendo el derecho a controlar los impuestos y no estaba dispuesto a permitir nuevas gravaciones fiscales a menos que se le concediera el control total del aparato de Estado.

La segunda alternativa generó la formación de monopolios en un intento de controlar ciertas industrias (carbón, alumbre, jabón, etc.) y obtener una considerable renta. Ello violentó al conjunto de la población dependiente de los negocios, tanto a los capitalistas como a los empleados. El escándalo alcanzó su punto álgido con el «proyecto de Cockayne» (1616), consistente en someter la industria pañera al control real y fomentar las exportaciones en beneficio de la Hacienda. Este proyecto fue saboteado por los exportadores y llevó a una crisis de superproducción con el consecuente aumento de la tasa de desempleo; la culpa por esta situación recayó directamente sobre la Corona.

Los Estuardo probaron una tercera vía política, después de comprobar el fracaso de todas las demás, que nunca alcanzó el éxito. Consistía en un intento de revitalizar e incrementar los ingresos a partir de los derechos feudales. La Corona, sin embargo, no tuvo nunca la oportunidad de independizarse finan-

cieramente de la burguesía a partir sólo de estos recursos, y la única consecuencia de su explotación fue la alienación de los amigos que potencialmente tenía la Corona entre la aristocracia, la pequeña nobleza e, incluso, entre la burguesía. Pues con el aumento de las dificultades económicas y el reto político a la burguesía, la monarquía retrocedía de nuevo al único apoyo de la nobleza y de los elementos económicamente reaccionarios y políticamente parásitos del Estado. Por otra parte, la misma nobleza pasó a depender cada vez más del control que sobre la vida económica ejercía la Corona a fin de mantener su propia posición. Los nobles querían la protección de la Corte para sus hijos más jóvenes desposeídos de tierra, a los que la competencia burguesa iba expulsando de sus profesiones; querían monopolios y privilegios que les aseguraran una participación en forma de renta en los beneficios del naciente capitalismo. No sorprende a nadie el que los mayores enfrentamientos parlamentarios de las primeras décadas del siglo XVII fueran precisamente sobre esta cuestión de los monopolios. Estos constituían el medio por el cual la monarquía intentaba controlar y canalizar la actividad comercial en interés de los ávidos cortesanos, los «zánganos», a cuya denuncia dedicaron los puritanos numerosos sermones.

Nos falta considerar todavía otro tipo de gran terrateniente, cuyos intereses estaban todavía más estrechamente ligados con los de la Corona: la jerarquía eclesiástica. Desde la disolución de los monasterios, las propiedades que seguían en manos de la Iglesia de Inglaterra eran codiciadas por un grupo de la pequeña nobleza. Sólo los beneficios que la Iglesia podía proporcionar a la Corona, la protegieron de

despojos posteriores. Al tiempo que su autoridad moral no podía ser legitimada por más tiempo en el Papado internacional con el que Enrique VIII había roto, sino que provenía de la monarquía nacional, su único defensor frente a la reacción católica y a los protestantes revolucionarios de izquierda. Así pues, bajo el reinado isabelino, la Iglesia mantuvo una actitud de obediencia pasiva frente a la autoridad constituida según el deseo divino y predicó que la sublevación era el peor de los pecados. En 1640, la relación de dependencia de la Iglesia respecto a la Corona tenía ya un siglo de vida, y su alianza se basaba en una estrecha comunidad de intereses. A medida que se ensanchaba la brecha entre la Corona y la burguesía, el ataque de los puritanos a la Iglesia, a sus manifestaciones y ceremonias, a sus tribunales y disciplina, podía difícilmente distinguirse del ataque del Parlamento a la Corona. Un grupo de comerciantes londinenses formó una sociedad para establecer cátedras en las «zonas estériles» del país; sus titulares, nombrados por las corporaciones urbanas, despertaron la hostilidad de Laud, arzobispo de Carlos I, que sospechó, con acierto, que tanto su teología como su teoría política eran «extrañas» a los puntos de vista del gobierno.

Dos sistemas sociales con sus ideologías respectivas estaban enfrentados. El presbiterianismo (que abogaba por la abolición de la prerrogativa real en la designación de los obispos y por la supremacía de los presbíteros —señores locales— en el dominio de cada Iglesia) era una teoría oligárquica que apelaba, especialmente, a la gran burguesía. Su deseo era el de configurar una Iglesia capaz de difundir en el conjunto de la sociedad las creencias políticas

y económicas que convenían a la clase comerciante. Pues ha sido demostrado repetidamente cómo la moralidad predicada por el puritanismo coincidía, precisamente, con la perspectiva necesaria para la acumulación de capital y la expansión del capitalismo. Se ponía el acento en la frugalidad, la sobriedad y el trabajo duro en el puesto al que cada uno había sido llamado por Dios. Se subrayaba el papel del trabajo constante, ya fuera en el comercio o en el artesanado, pero sin exagerar el disfrute de los resultados del trabajo, y se subrayaba, asimismo, la preocupación incesante por el deber en detrimento del placer «mundano». Los ricos debían acumular capital y los pobres trabajar en sus oficios como un deber divino, y siempre bajo la vigilancia del «gran distribuidor de tareas». Esta creencia inspiró a la burguesía la reconstrucción de la sociedad según un modelo ordenado por la divinidad; es decir, apelando a la «elección divina». Y si este modelo presentaba una sorprendente semejanza con el sistema capitalista, la burguesía mantenía la firme convicción de que estaba realizando una tarea divina cuya victoria final estaba ya predeterminada y asegurada. Su convicción de «salvación» nacía de la necesidad histórica y del carácter progresivo de su trabajo, al tiempo que se confirmaba por medio de la prosperidad material con la que Dios bendecía a sus siervos.

El contraataque de la jerarquía se centró en el intento de incrementar los diezmos en las ciudades y de recuperar algunos de los ingresos perdidos por la Iglesia (diezmos de los que habían sido «expropiados», es decir, distribuidos entre terratenientes laicos, sin tener en cuenta los fines eclesiásticos por los que, originalmente, se habían co-

brado a todos los ocupantes de la propiedad). Al mismo tiempo, intentó ampliar su control sobre los patronatos con el fin de conceder los beneficios eclesiásticos a personas que fueran social y doctrinalmente adecuadas. Las opiniones «subversivas» en materia doctrinal y de disciplina fueron cruelmente castigadas por el Alto Tribunal Eclesiástico (High Comission), presidido por Laud. La oposición puritana describió el enfoque de la política de Carlos I como un nuevo acercamiento al Papado, cosa que es más verdadera en el espíritu que en la letra. Laud no era un papista doctrinal, y rehusó todas las insinuaciones de Roma; pero la política social que él personificaba era un intento de revitalizar y perpetuar las anticuadas relaciones sociales y económicas medievales y las corrientes de pensamiento correspondientes. Es por ello por lo que tuvo una importancia fundamental la lucha para conseguir el control de la Iglesia; aquel que lograra controlar su doctrina y su organización podría llegar a determinar la naturaleza de la sociedad. Jaime I hizo un perspicaz análisis político cuando dijo: «Ni Obispo ni Rey». Habían transcurrido solamente tres años desde la abolición del obispado cuando Carlos I murió en el patíbulo.

### b) *Resistencia frente a los Estuardo*

La lucha política se libró en el Parlamento durante los primeros años del siglo XVII. Abarcaba muchos aspectos: religioso, económico, constitucional. Con la religión se mezclaban aspectos de política internacional. Después de la guerra contra el poder reaccionario de España y la derrota de la Armada, el

protestantismo y el patriotismo ingleses estuvieron estrechamente relacionados. Ambos se sintieron ultrajados cuando Jaime, asustado por las tendencias revolucionarias de los grupos protestantes extremistas de Inglaterra y del exterior, llevó a cabo una política de acercamiento a España. Durante muchos años el embajador español, Gondomar, fue el personaje más influyente en la Corte de Jaime y el hombre más odiado de Inglaterra. Y, durante esos años, la diplomacia y los ejércitos españoles avanzaron sobre el continente a expensas de los protestantes. La burguesía conocía a sus amigos. Frente a la política de pacificación de Jaime, la Cámara de los Comunes hizo un llamamiento en favor de una política militante contra España. Pero esto respondía solamente a un intento de afianzarse para después de la caída de la monarquía, cuya política exterior reflejó los intereses de la reacción en Inglaterra y en Europa, y cualquier alteración fundamental en esa política exterior sólo era posible por medio de un cambio fundamental en el sistema social.

Entretanto, y como consecuencia de esa situación, se perdieron grandes oportunidades para la expansión inglesa en el Nuevo Mundo. Por falta de una política avanzada, el negocio de transportes en Europa quedó en manos de la burguesía holandesa y los tejidos ingleses perdieron los mercados de Alemania. Incluso cuando la Corona llevó a cabo una política de colonización e intentó ganarse el apoyo de la burguesía —en Irlanda— existieron dos puntos de vista divergentes respecto al mismo problema de la colonización. Jaime I consideraba a la «City's Londonderry Company» como un mero agente del gobierno, cuya misión debía consistir en proveer colonos labra-

dores para defender y vigilar los distritos conquistados y ocupados. Mientras que los mercaderes de la «City» deseaban mantener la «población nativa» irlandesa como fuente de mano de obra barata para los propietarios absentistas. La concepción realista y feudal de la colonización —que subrayaba las consideraciones estratégicas y defensivas y la necesidad de tierra para la pequeña nobleza empobrecida— chocó con la perspectiva burguesa según la cual las colonias debían ser fuente de beneficios estables. Carlos I se indispuso todavía más con la «City» al derogar la carta de privilegios de la Compañía después de que ésta hubiera perdido 50.000 libras esterlinas y al imponer una multa de 70.000 libras esterlinas (finalmente reducida a 12.000) por el simple hecho de que los ciudadanos habían antepuesto su beneficio privado a sus obligaciones. (Esta, al igual que otras multas, fue un ingreso transitorio, útil para el gobierno en aquel momento, pero no hizo más fácil para la Corona los subsiguientes préstamos de la «City». El hecho de que «bajo el Antiguo Régimen no se llevaran a cabo inversiones seguras» se considera siempre como una de las causas de la burguesía francesa.) La cruel determinación de la burguesía para dominar más tarde Irlanda, que llevaría a la conquista de Cromwell en 1649, se remonta a las pérdidas en las haciendas de Londonderry.

La política exterior estaba ligada a las finanzas y a la religión. Jaime sostenía que su frágil política exterior era debida a la falta de dinero en un momento en que la burguesía se estaba enriqueciendo ostensiblemente. Pero no podían hacerse concesiones financieras a un gobierno que no tenía el voto de confianza de las clases adineradas. Durante los reinados

de Jaime y de Carlos, los intentos de rellenar las arcas del tesoro produjeron serios y abundantes enfrentamientos. Las importaciones se gravaban sin el consentimiento del Parlamento («impuestos»). Los monopolios tendían a explotar los beneficios industriales, y por tanto fueron declarados ilegales por el Parlamento. El «proyecto de Cockayne» para controlar la exportación de tejidos no era más que un intento de interferencia estatal en los procesos de producción. Su fracaso motivó una grave crisis económica y condujo, en 1621, a la primera denuncia a gran escala, de la política económica del gobierno en su conjunto, así como a la rendición de Jaime por lo que hace referencia a este punto. Carlos, que sucedió a su padre en 1625, se valió de préstamos obligados, cuyo respaldo estaba en el arresto arbitrario de aquellos que se negaban a pagar (el caso de los «Five Knights», por ejemplo).

Esta postura de la Corona generó un enfrentamiento abierto. En la Petición de Derechos de 1628, el Parlamento declaró ilegales tanto la imposición de tributos sin su consentimiento, como los arrestos arbitrarios. Otras cláusulas de esta Petición trataban de imposibilitar el mantenimiento de un ejército permanente por parte del Rey. Puesto que éstas eran, exactamente, las intenciones del gobierno, Carlos tuvo que aceptar la Petición de los Derechos a la fuerza, pero, inmediatamente entabló una discusión con la Cámara de los Comunes sobre su interpretación. En marzo de 1629, el Parlamento quedó inesperadamente disuelto después de una violenta escena en la Cámara Baja en la que se adoptaron unas decisiones, dirigidas a impedir que el Rey pudiera obtener ningún tipo de ingresos, y a poner de manifiesto la fir-

me sospecha de que la política real era «papista» y servía a los intereses de poderes extranjeros.

Se había llegado ya a un punto más allá del cual el Rey no podía retroceder sin su virtual abdicación en la burguesía. La situación era ya revolucionaria, pero Carlos tomó la iniciativa y durante once años fue capaz de probar el gobierno personal. Sus ministros no eran ineficaces. Uno de ellos fue el arzobispo Laud en Londres, sir Thomas Wentworth, líder de la pequeña nobleza de York opuesta a los intereses de la industria textil en el condado, cuyo comprometido liderazgo había sido rehusado por la Cámara de los Comunes en 1628, se había pasado ahora, abiertamente, al lado del Rey. Wentworth fue nombrado Presidente del Consejo en el Norte, y, más tarde, Lord Lugarteniente de Irlanda y Conde de Strafford. Se distinguió por su brutal eficacia en Irlanda y reunió un ejército poderoso y papista que despertó el terror en el corazón de los parlamentarios ingleses. La oposición tuvo que pasar, temporalmente, a la clandestinidad.

Durante estos años, Inglaterra estaba en paz con el resto del mundo, por lo cual el experimento de un gobierno personal pudo realizarse bajo las mejores circunstancias. Sin embargo, el sistema seguido por Carlos fracasó totalmente. El gobierno se ganó las antipatías de todos los sectores de la comunidad. Contrarió a los hombres de leyes por su constante interferencia en el trabajo de los jueces a fin de conseguir las decisiones legales que le convenían (a Jaime I también se le puede acusar de esto) y por su uso de los tribunales especiales (la Cámara Estrellada, Consejo en el Norte y en Gales) como instrumentos políticos.

Estos tribunales ya habían sido usados por los Tudor, en parte para tratar de las causas comerciales que no eran de la competencia de la ley común y en parte para suprimir la anarquía feudal y mantener el orden tan necesario para una civilización comercial. Pero durante la etapa de los Tudor, el derecho consuetudinario —producto de la sociedad feudal— fue adaptándose a las necesidades del mundo de los negocios y sus administradores empezaron a proceder de la burguesía; y ahora, que habían desaparecido los temores de nuevas sublevaciones baroniles, la burguesía veía con temor los amplios poderes ejecutivos de los tribunales especiales, pues ya no necesitaba su protección y temía llegar a ser su víctima. En el Consejo Privado, los jueces de la Cámara Estrellada eran, en la práctica, casi idénticos al gobierno.

Así fue como la burguesía encontró en los hombres de leyes a unos fervientes aliados deseosos de recuperar sus derechos profesionales, así como en todos aquellos que detestaban los métodos de los tribunales especiales. El que se castigara a Prynne por escribir un panfleto, que el gobierno consideró ofensivo para la Reina, cortándole las orejas y se torturara a Lilburne por distribuir literatura ilegal, convirtió a las víctimas del gobierno en héroes populares.

La actuación financiera del gobierno personal de Carlos afectó a todas las clases. Los derechos feudales fueron revitalizados y aumentados, afectando a los terratenientes y a sus agricultores. La precaria situación de la marina y los ataques de los piratas a los barcos y ciudades costeras fueron utilizados como excusa para recolectar dinero para su mantenimiento. Se trataba de un anticuado impuesto nacional, no votado nunca por el Parlamento, que recaía especial-

mente en las ciudades y en la pequeña nobleza. Los monopolios y el severo control que los corruptos círculos cortesanos ejercían sobre la vida económica del país, significó el enriquecimiento de unos pocos mercaderes ya poderosos, al tiempo que supuso un grave inconveniente para la inmensa mayoría de los hombres de negocios y para los pequeños fabricantes.

Los monopolios eran la forma de gravamen fiscal más antieconómica. Se ha calculado que, mientras que por cada seis chelines que la aduana cargaba al consumidor cinco llegaban a Hacienda, en los monopolios, un aumento de seis chelines en el precio daba al Tesoro Público diez peniques. El resto iba a parar a manos del privilegiado grupo de parásitos que formaban la Corte. Estos no realizaban ninguna función productiva y, en cambio, suponían un enorme lastre para el desarrollo completo de las capacidades productivas del país.[20] El monopolio del jabón dañó considerablemente a la industria lanera. El monopolio de la sal dificultó la conserva del pescado. Y todas las industrias se vieron directamente afectadas por el alza del precio del carbón debido a la alianza entre la Corona y un importante círculo de exportadores. Los monopolios produjeron una notable elevación de precios, que afectó con especial dureza a los pobres. Estaban monopolizados (y por tanto aumentaron sus precios) productos tan necesarios como la mantequilla, los arenques, la sal, la cerveza, el jabón y muchos otros, demasiado numerosos para poder ser enumerados. «¿No está entre ellos el pan?», preguntó indignado un miembro del Parlamento, cuando se leyó la lista en 1601.

20. W. R. Scott, *Joint Stock Companies,* I, p. 221.

Frente a esos hechos, las maniobras del gobierno para conseguir el apoyo de los campesinos pobres en contra de los terratenientes no lograron engañar a nadie (excepto a una escuela contemporánea de historiadores reaccionarios)[21] y ni tan sólo fueron efectivas. Se establecieron comisiones para castigar a los terratenientes cuyos cercados habían sido desahuciados pero era tal la penuria financiera del gobierno que no podía resistir los ofrecimientos de los ricos que pretendían comprarles. Entre los miembros del gobierno de Carlos había gente de intenciones admirables, pero eran incapaces de sacar provecho alguno del sistema corrompido que intentaban poner en marcha. Esto es especialmente claro en el caso de Laud, cuyos puntos de vista respecto a la necesidad de un culto eclesiástico esplendoroso y uniforme le llevaron a la persecución violenta de sus oponentes, al espionaje y a ahogar cualquier crítica. De esta forma, todos los pu-

21. Estos se apoyan en la afirmación del historiador Clarendon según la cual el período comprendido entre 1629 y 1640 fue muy próspero para la inmensa mayoría de la población. A este respecto, Thorold Rogers, el historiador de los príncipes, comenta: «Estoy convencido de que la comparación entre los salarios, rentas y precios, hay que interpretarla como que ese período se caracterizó por la gran miseria de la masa de la población, una época en la que muy pocos pudieron enriquecerse y en la que la mayoría pasó a una situación desesperada de hambre permanente». (*The Economic Interpretation of History,* p. 139.) Además, hay que tener en cuenta que Clarendon era un observador claramente imparcial, puesto que había sido el Consejero Jefe de Carlos I y de Carlos II en el exilio, y fue el Primer Ministro de Carlos II después de la Restauración, hasta que la oposición parlamentaria le exilió de nuevo en 1667. Naturalmente, él quería fomentar el antiguo régimen. Fue incluso rebatido por los comunicados oficiales del embajador veneciano.

ritanos honestos, y muchos de los que no tenían ideas religiosas demasiado afianzadas, fueron conducidos, de grado o por fuerza, hacia la oposición política, e incluso costumbres tan tradicionales como el pago de diezmos a la Iglesia oficial empezaron a ser puestas en cuestión.

Durante esos once años la oposición fue organizándose, al tiempo que crecía. Su centro lo constituía un grupo de familias terratenientes muy conectadas entre sí por relaciones comerciales y por matrimonio, que estuvieron siempre bien representadas en las dos Cámaras del Parlamento. El tipo de Estado que deseaban no podía conseguirse sin el previo derrocamiento del régimen Laud-Strafford (a pesar de que el número de republicanos era todavía reducido).

La primera muestra importante de sublevación fue la negativa de John Hampden a pagar el impuesto destinado a sufragar los gastos de la Marina en 1637; su juicio y condena concentró la atención de tal modo que ni el encarcelamiento más cruel de Eliot y de otros líderes parlamentarios de 1629 había conseguido. (Eliot murió en la prisión tal como el gobierno pretendía. En cierta ocasión, el Lugarteniente de la Torre fue amonestado severamente por permitir que, a través de una ventana abierta, le llegara aire fresco a tan peligroso prisionero.)

Así pues, la burguesía se dio cuenta de que sus quejas a nivel económico sólo podían superarse por medio de una acción política: las diversas políticas económicas de la Corona, siempre en contra de la clase capitalista como tal, no podían ser mejoradas por medio de la obtención de pequeños privilegios para determinados miembros de esa clase. La demanda de un gobierno que representara los intereses de

los hombres de negocios se impuso con gran rapidez (de hecho, esta idea se mantenía con firmeza desde la crisis de 1621). Siguiendo el ejemplo de Hampden, en los años 1639-40 hubo una negativa general a pagar impuestos. La burguesía fue a la huelga.

Entretanto el sistema de Carlos se había roto por su punto más débil: Escocia. Escocia era un país mucho más atrasado económicamente que Inglaterra, pero la pequeña nobleza había desposeído de su control político a la Iglesia, la Corona y la alta aristocracia. Carlos I quiso dar la vuelta a la situación. Su intento de extender el control real sobre la Iglesia de Escocia y la amenaza de reagrupar las tierras de la Iglesia generó una revuelta nacional que fue acogida en Inglaterra con gran simpatía. Cuando un ejército escocés invadió Inglaterra en 1639, la ausencia de todo apoyo popular así como la falta absoluta de medios obligaron a Carlos a parlamentar con aquéllos.

Durante la crisis económica de 1640, la Corona estaba ya en la más completa bancarrota. Ofendió a los círculos comerciales con su intento de embargar las barras de oro depositadas en la Torre y con la propuesta de rebajar la ley de acuñación. El aparato de Estado —que dependía del apoyo de la clase media— dejó de funcionar. Los escoceses se negaron a abandonar Inglaterra sin una indemnización. El ejército inglés enviado a combatir contra los escoceses estaba al borde del amotinamiento y tenía que ser pagado. No podía evitarse un Parlamento por más tiempo. A pesar de ello, Carlos disolvió un Parlamento tres semanas después de su constitución (el llamado Parlamento Corto). Pero, en noviembre de 1640, se reunió el llamado «Parlamento Largo» y el gobierno se vio obligado a rendirse. Pym, Hampden

y otros líderes de la oposición habían recorrido el país en una brillante campaña electoral. Encontraron el apoyo de los motines contra los cercados en el campo y de las manifestaciones de masas en la «City». La última vez que se usó el potro en Inglaterra fue para la tortura de un muchacho que encabezó una marcha a Lambeth destinada a capturar a «Guillermo el Zorro» (el arzobispo Laud).

Este Parlamento difería solamente de los anteriores en la duración de sus sesiones. Representaba a las mismas clases: principalmente a la pequeña nobleza y a los grandes comerciantes. En consecuencia, reflejó la división existente entre la nobleza inglesa que, en líneas generales, correspondía a la división económica entre el noroeste feudal y el sureste capitalista. Pero la Cámara de los Comunes no hizo la revolución: sus miembros estaban sujetos a presiones externas procedentes del pueblo de Londres, los labradores y los artesanos de los diversos condados del país.

Pero en 1640 la mayoría de las clases estaban unidas en contra de la Corona. Las consecuencias finales de este hecho fueron: *a*) destrucción de un mecanismo burocrático por el cual el gobierno había sido capaz de dirigir el país en contra de los deseos de la gran mayoría de los individuos políticamente influyentes (Strafford fue ejecutado, Laud encarcelado y el resto de los ministros que habían sido representativos huyeron del país; se abolieron los tribunales especiales: la Cámara Estrellada, el Alto Tribunal Eclesiástico...); *b*) imposibilidad de que el Rey controlara un ejército permanente; *c*) abolición de los recientes expedientes financieros, que respondían al deseo del Rey de independizarse del control de la

burguesía a través del Parlamento y cuyo efecto fue un desajuste económico y una pérdida de confianza; *d*) control parlamentario (es decir, burgués) de la Iglesia, de forma que ésta no pudiera ser usada por más tiempo como agencia de propaganda reaccionaria.

La crisis se forzó con la sublevación de 1641 en Irlanda. Con la retirada de Strafford, el gobierno inglés, que se había comportado siempre de manera opresiva, perdió su fuerza, y los irlandeses aprovecharon la oportunidad para intentar liberarse del yugo inglés. El Parlamento era unánime en su determinación de mantener sujeta la colonia británica; pero la burguesía se negó a confiar un ejército a Carlos para su reconquista (nos hemos referido ya a los complots realistas en el seno de las fuerzas armadas). Fue así como el Parlamento se vio obligado a tomar en sus manos el control del ejército.

La unanimidad interna del Parlamento llegó a su fin. Para la mayor parte de la aristocracia y de la pequeña nobleza, la política de los líderes de la Cámara de los Comunes, y, especialmente, su disposición a pedir el apoyo de la opinión pública fuera del Parlamento, parecía dirigirse hacia una ruptura del orden social en el que su posición dominante estaba asegurada, con lo cual fueron decantándose lentamente en favor del Rey. En el país en su conjunto, la división social siguió criterios de clase amplios. La clase terrateniente estaba dividida, muchos de ellos temían los motines contra los cercados y las amenazas de una sublevación campesina, como la que azotó Midlands en 1607; las secciones progresistas de la pequeña nobleza y de la burguesía tenían la esperanza de que podrían capear el temporal. En Londres, mientras los monopolistas y la oligarquía dominante apo-

yaban a la Corte que era la fuente de sus beneficios, la mayoría de los comerciantes, artesanos y aprendices apoyaban activamente al partido más avanzado del Parlamento y le empujaban constantemente por la vía revolucionaria. Pym, el gran líder de los Comunes, acogió con gran satisfacción ese apoyo popular y en la Gran Protesta (noviembre de 1641) los líderes revolucionarios hicieron pública una profunda acusación al gobierno de Carlos y la publicaron con fines propagandísticos: era una nueva forma de apelar al pueblo.

Pero la decisión de imprimir la Protesta motivó un salvaje enfrentamiento en la Cámara y se aprobó solamente por once votos. Después de este hecho la división pasó a ser irreconciliable. Los futuros realistas se retiraron del Parlamento, no (como se ha dicho muchas veces) por su sumisión a los obispos, sino más bien (como dijo un miembro del Parlamento en el debate) porque «si nos igualamos ante la Iglesia, también debemos igualarnos ante la Commonwealth». Si la propiedad de los terratenientes eclesiásticos podía ser confiscada, ¿a quién le tocaría luego el turno? Incluso la gran burguesía sentía miedo y vio la necesidad de conseguir un cierto ajuste con la monarquía (con una monarquía reformada y responsable de sus intereses) para controlar los movimientos del sentimiento popular. Y trató desesperadamente de detener el torrente revolucionario que había dejado suelto. Un parlamentario se pasó al bando del Rey porque tenía miedo de que: «Las gentes adineradas de todo el reino pronto crecerán en gran número y, a quien quiera que apoyen en un primer momento, en poco tiempo se bastarán por sí mismas para total ruina de la nobleza». «Los ricos

—observó más tarde un panfletista irónico—, no están entre los grandes enemigos de la monarquía.»[22] Pero este temor del pueblo llano sólo suscitó en el Rey la creencia de que él era indispensable: se negó a toda posible apertura y en el verano de 1642 estalló la guerra.

En tiempo de guerra los hombres deben elegir un bando o el otro. Muchos miembros de la pequeña nobleza, para los que la propiedad significaba mucho más que un mero principio, tomaron la decisión de oponer la mínima resistencia y consiguieron salvar sus posesiones cooperando con el partido que dominaba su área. Pero incluso para muchos de los hombres convencidos, los temas que separaban a ambos partidos quedaban oscurecidos (como lo han sido para muchos historiadores) por el hecho de que muchos de los odiados funcionarios estatales eran a la vez funcionarios de la Iglesia nacional. Y la Iglesia trabajaba en el sentido de conseguir una máxima popularidad basada en la tradición y el sentimiento. Además, muchos parlamentarios hablaban como si creyeran que uno de los componentes más importantes de su enfrentamiento fuera la lucha ideológica del puritanismo al anglicanismo, que apenas podía distinguirse del catolicismo. Pero sus actos dejaron bien claro que sabían que estaba en juego algo más que esto.

La cuestión era el poder político. La burguesía se había opuesto al gobierno de Carlos I no porque fuera un mal hombre sino porque representaba un sistema social desfasado. Su gobierno intentó perpetuar el sistema feudal cuando ya existían las condi-

22. *Portland Manuscripts,* Historical MSS Commission, I, p. 87; P. Chamberlen, *The Poore Mans Advocate,* 1649, p. 21.

ciones para un desarrollo libre del capitalismo, cuando el aumento de la riqueza nacional sólo podía conseguirse por medio del libre desarrollo del capitalismo. Un clérigo del siglo XVII describía así el proceso: «En contra del Rey, la ley y la religión fueron el refugio de los comerciantes pobres, de los ciudadanos desquiciados y desposeídos, de las mujeres engañadas y dominadas por el clero, ... de la multitud turbulenta que no sabía por qué se había unido, ... sastres, zapateros, recaderos, etc.; ... al lado del Rey ... todos los Obispos de la tierra, todos los deanes, los prebendados y los hombres cultos; ambas universidades; todos los príncipes, duques y marqueses; todos los condes y los lores excepto dos o tres; ... todos los caballeros y nobles de las tres naciones, excepto un grupo de sectarios y ateos».[23] No hace falta considerar este relato sectario como absolutamente fiel pero ayuda a clarificar la naturaleza de *clase* subyacente en la división.

La política de Carlos a lo largo de su reinado ilustra la base clasista de su forma de gobernar. Intentó regular el comercio y la industria con la intención contradictoria de frenar el rápido desarrollo capitalista, al tiempo que pretendía participar en sus beneficios. En cuanto a la política exterior deseaba la alianza de los poderes más reaccionarios: España y Austria y, por tanto, rehusaba la política nacional avanzada que la burguesía pedía. Tuvo que recaudar impuestos ilegales, llegar a prescindir del Parlamento y gobernar a la fuerza, por haber perdido la ayuda de las clases adineradas. Su fracaso en Escocia mostró la podredumbre de la estructura que él había favore-

23. D. Lloyd, *Memoires,* 1668, p. 17.

cido; y sus constantes llamadas en favor de una unidad nacional en contra de los enemigos externos encontraron siempre oídos sordos. El enemigo real estaba en el interior del país. El ejército invasor escocés fue saludado como si se tratara de un aliado. El ataque parlamentario mostró que la oposición ya se había dado cuenta de que más que luchar contra un puñado de consejeros ineptos (como habían creído durante mucho tiempo, o por lo menos era lo que parecía) o, incluso, más que luchar contra el Rey, estaban atacando un sistema. Antes de que el orden social que necesitaban pudiera ser consolidado, debían aplastar el viejo aparato burocrático y vencer a los caballeros por las armas. Las cabezas del Rey y de muchos de sus colaboradores tenían que rodar antes de poder tener la garantía de que los futuros reyes y nobles reconocerían el dominio de la nueva clase.

Durante muchos años, durante y después de la Guerra Civil, las clases adineradas, en su deseo de destrozar el viejo sistema social, aceptaron pagar impuestos tres o cuatro veces más altos que los que habían rehusado pagar a Carlos I. Ya que la objeción no estaba dirigida contra los impuestos como tales; sino contra la política financiada con el dinero recogido con el cobro de esos impuestos. La burguesía no confiaba en Carlos ni en el uso que él pudiera hacer de su dinero, pues sabía que la base de su gobierno era la hostilidad hacia su desarrollo. Pero para un gobierno a su gusto, sus bolsas se abrían con facilidad.

Pero no se trataba sólo de una guerra de ricos. Todas las fracciones de la sociedad del sur y del este de Inglaterra aportaron su contribución para que se ganara la guerra, pues los hombres veían en la caída

del viejo régimen la condición preliminar y esencial para un avance social e intelectual. Muchos de los que lucharon por el Parlamento, se sintieron, en lo sucesivo, defraudados por los logros conseguidos con la revolución; sintieron que habían sido traicionados. Sin embargo, estaban en lo correcto cuando lucharon. La victoria de Carlos I y su camarilla hubiera significado el estancamiento económico de Inglaterra, la estabilización de la superada sociedad feudal en una era comercial, y hubiera requerido una lucha incluso más sangrienta para una posterior liberación. Los parlamentarios pensaron que estaban librando una batalla divina. En realidad, estaban luchando para la posteridad, despojándose de un lastre intolerable para todo posible avance. El hecho de que la revolución hubiera podido ir más lejos no debe hacernos olvidar nunca el heroísmo, la fe y la disciplinada energía con que el pueblo llano y decente respondió a los líderes parlamentarios cuando franca y libremente les llamaron a apoyar su causa.

# IV. LA REVOLUCION

Una vez iniciada la guerra contra el Rey, surgieron las divisiones, tanto dentro como fuera del Parlamento, sobre la manera de dirigirla. Los Caballeros —tal como se llamó a las tropas de la pequeña nobleza realista— tenían ciertas ventajas militares. Los Parlamentarios (los *Roundheads,* nombre que comporta una cierta burla) eran fuertes en las ciudades pero, a pesar de que los ciudadanos aportaron riquezas a la causa, no fueron, por lo menos al principio, guerreros expertos. Por otra parte, los Caballeros confiaban fundamentalmente en las zonas del norte y del oeste de Inglaterra, poco desarrolladas económicamente y mal custodiadas. Ellos, juntamente con ssu campesinos y siervos, estaban acostumbrados a largas cabalgatas y a la lucha.

A pesar de todo, el Parlamento intentó durante mucho tiempo atacar a los Caballeros con sus propias armas; es decir, convocando a las milicias feudales en los condados leales al Parlamento y usando el viejo engranaje administrativo y financiero de los condados para dirigir la guerra. Pero de este modo no se aprovecharon los recursos reales del Parlamento —la gran riqueza de Londres, la capacidad adminis-

tradora de la burguesía y especialmente las iniciativas y recursos de las masas, defensoras incondicionales de la causa— sino que fueron desbaratados por el sistema de castas utilizado para nutrir la oficialidad de la milicia y por el respeto a sus lealtades locales. Un ataque realista sobre Londres sólo pudo impedirse gracias a la obstinada resistencia de tres grandes puertos: Hull, Plymouth y Gloucester, y por la audaz resistencia que opusieron los ciudadanos de Londres en Turnham Green (1642) y su atrevida marcha en auxilio de Gloucester. Pero estos esfuerzos espontáneos fueron inadecuadamente coordinados.

Oliver Cromwell demostró por primera vez su talento superando esas debilidades y mostrando que una guerra revolucionaria debe organizarse de manera revolucionaria. Entre sus fuerzas, en los condados del este, se ascendía por méritos y no por nacimiento: «Prefiero un capitán de simple y burda capa», decía, «que sabe por qué lucha y valora lo que sabe, que uno de esos a los que llamáis "nobles" y en realidad no son nada».[24] Cromwell supo hacer que sus hombres entendieran «la raíz de los problemas» y, por otra parte estimuló la libre discusión entre los defensores de puntos de vista opuestos. Tuvo que luchar contra algunos de sus superiores que no querían adoptar el método democrático de reclutamiento y organización, cuyas ventajas ya había mostrado. (Este conflicto es descrito normalmente en nuestras historias escolares como una disputa existente entre «presbiterianos» e «independientes». Resulta útil retener esos nombres en la memoria, pero, en realidad, la

24. Carlyle, *Cromwell's Letters and Speeches,* ed. Lomas, I, p. 154.

religión tuvo poco que ver con ello excepto en la medida en que Cromwell abogaba por una libertad de reunión y discusión, es decir «tolerancia religiosa». La diferencia real era la existente entre el partido que estaba empeñado en ganar la guerra y los pactistas. De hecho, se trató de una escisión de la clase entre la gran burguesía comercial y aquella sección de la aristocracia y de los grandes terratenientes cuyos intereses estaban ligados a aquélla —«presbiterianos»— y la pequeña nobleza progresista, los labradores y la burguesía que pregonaba el libre comercio, apoyados todos ellos en las masas de pequeños campesinos y artesanos —«independientes» y «sectarios»—.) Muchos dirigentes militares «presbiterianos» no querían una victoria demasiado completa. «Si vencemos al Rey noventa y nueve veces, él seguirá siendo el Rey», dijo el conde de Manchester, general del ejército de Cromwell. «Mi lord», respondió Cromwell, «si hubiera de ser así, ¿qué nos decidió a tomar las armas?».[25]

Los «presbiterianos» temían la oleada de democracia radical a que les podía exponer un rotundo llamamiento al pueblo en contra del Rey. El mismo Cromwell aseguraba haber dicho que: «Inglaterra no conocerá un tiempo próspero hasta que hayamos terminado con los lores». Y, ciertamente, gran parte de su tropa pensaba así. Los grupos «independiente» y «sectario» eran las formas propias de organización del pueblo llano en su doble intento por escapar a la propaganda de la Iglesia oficial por una parte, y, por otra, de discutir sus propios problemas a su ma-

25. Gardiner, *History of the Great Civil War*, ed. 1893, II, p. 59.

nera. Los «presbiterianos» consideraron «herética» la opinión de los «sectarios» según la cual «todos los hombres son iguales por naturaleza y todos desean por igual la propiedad y la libertad».[26] Estos pertenecían al pueblo, cuya visión intelectual no se restringía a los deseos de conseguir una cierta propiedad personal. Destacaron en el ejército por su invalorable entusiasmo, valentía y moral; pero desembocaron en aquellas ideas sociales consideradas como dañinas por quienes financiaban su causa.

Estas fueron las dificultades que la burguesía tuvo que afrontar desde el mismo inicio de su carrera. Necesitaba al pueblo y al mismo tiempo le temía y quería mantener la monarquía como salvaguardia contra la democracia; sólo hubiera requerido que Carlos I actuara según sus necesidades, como hizo posteriormente Carlos II.

Los «presbiterianos» esperaban, principalmente, el apoyo del disciplinado ejército escocés para resistir lo más duro del combate. Pero después de la gran victoria de Marston Moorx (ganada en 1644 gracias al talento de Cromwell y a la disciplina de su caballería, formada por labradores) él mismo forzó la situación. «Es el momento de hablar o de callar para siempre», dijo en el Parlamento. Las clases que pagaban impuestos iban acumulando una gran indignación por la lentitud que la táctica empleada por los aristocráticos militares presbiterianos, lo que incrementaba los costes de la guerra. Se hacía necesaria una reorganización democrática para posibilitar la victoria sobre los expertos luchadores del bando realista.

26. *Gangraena,* 1646, III, p. 16a.

Estas consideraciones hicieron que preponderaran los puntos de vista de Cromwell y, por la «Ordenación de Renuncia Propia», se invitó a todos los miembros del Parlamento a abandonar sus puestos directivos (abril de 1645). Ello afectó especialmente a los nobles; el abandono de su tradicional derecho a dirigir las fuerzas armadas del país fue, en sí mismo, una revolución social menor. El Nuevo Modelo de Ejército consistió en formar a especialistas y estrategas de carrera; su organización tenía un ámbito nacional y era financiado por un nuevo impuesto.

Este cambio generó, a su vez, otros cambios en el aparato del Estado. La destrucción de la burocracia real había creado un vacío que, finalmente, fue cubierto por un funcionariado procedente, en su mayor parte, de la clase media. Pero, entretanto, el apremio de las necesidades revolucionarias había requerido la creación de una serie de comités revolucionarios en las localidades. «Tenemos aquí una cosa llamada Comité», escribió un abatido noble de la isla de Wight, «que está por encima del Lugarteniente e, incluso, del Administrador de la Justicia, y que está formado por hombres valerosos: Ringwood de Newport, vendedor ambulante; Maynard, el boticario; Matthews, el panadero; Wavell y Legge, agricultores; y el pobre Baxter de Hurst Castle. Estos gobiernan la totalidad de la isla, y hacen lo que a ellos les parece bien.»[27] (Probablemente sir John Oglander exageraba la inferioridad social de sus enemigos: en su conjunto, los comités de los diversos condados del país estaban dirigidos por la pequeña nobleza y la alta burguesía.) Llegados a este punto, estos

27. Bamford, *A Royalist's Notebook,* p. 110.

comités se organizaron y centralizaron bajo el único control de los grandes comités del Parlamento, que fueron los que realmente dirigieron la Guerra Civil: el comité de los dos reinos, el comité para créditos, el comité organizador, etc. El viejo sistema estatal sólo fue parcialmente destruido y modificado, al tiempo que se creaban nuevas instituciones que respondían a las necesidades del momento.

Desde el punto de vista militar, la guerra fue ganada por la artillería (que sólo el dinero podía comprar) y por la caballería de labradores («yeomen») de Cromwell. Al mando del príncipe Ruperto, los caballeros se entregaron a la lucha con vigor y desesperación, pero, después del primer asalto, olvidaron por completo la disciplina y se escindieron a causa del motín. La nobleza feudal no podía resistir, ni en la guerra ni en la paz, el deseo de conseguir un botín. Sin embargo, los humildes jinetes de Cromwell mantuvieron siempre una férrea disciplina, puesto que se la habían impuesto ellos mismos. Gracias a la completa libertad de discusión que existía en ese ejército, «sabían por qué luchaban y valoraban lo que sabían». Así pues, atacaban codo a codo, reservando su fuego hasta el último momento, reagrupándose después y cargando de nuevo hasta romper las filas del enemigo. El Parlamento ganaba las batallas gracias a la disciplina, unidad y alta consciencia política de las masas organizadas bajo el Nuevo Modelo de Ejército.

Una vez estuvieron totalmente organizados y pagados de forma regular, con la ayuda de un comisariado y de una plantilla técnica eficiente, y con Cromwell, el líder insustituible reelegido para su mando, el nuevo ejército avanzó rápidamente hacia la victoria y los realistas fueron derrotados de forma decisiva en

Naseby (1645). Después de este hecho, la guerra estaba tocando a su fin. Un dirigente realista dijo al rendirse: «Habéis cumplido con vuestro deber, así que podéis descansar a menos que no vayáis a pelearos entre vosotros».

Una vez terminada la guerra, existía todavía un peligro, pues los presbiterianos pactistas reaparecieron tanto fuera como dentro mismo del Parlamento. En 1646, Carlos se había rendido al ejército escocés, el cual le vendió al Parlamento inglés. En estas circunstancias, los presbiterianos iniciaron negociaciones con el Rey cautivo para proponerle que se deshiciera del ejército vencedor, lanzándole a la conquista de Irlanda, sin pagar su salario a los soldados. Y no llevaron a cabo ningún tipo de reformas sociales, ni tan sólo pagaron indemnizaciones por los actos de guerra, por lo que los soldados se veían ahora juzgados por lo que habían hecho al servicio del Parlamento.

Pero, como ya habían anticipado los adversarios del Nuevo Modelo de Ejército, no era tan fácil engañar al pueblo una vez se le había armado y se le había dado la posibilidad de organizarse. El mayor obstáculo para una población campesina y artesana que ya realiza su voluntad consiste en la organización de la pequeña burguesía; pero los radicales vieron en el ejército una forma organizativa que podía «enseñar a los campesinos a comprender la libertad».[28] En Londres se formó un partido político que respondía a los intereses de los pequeños fabricantes, y que pronto entró en contacto con la campaña de agitación del ejército. Fueron los «igualadores» («levellers»).

28. Reverendo Hugh Peter, *Mr. Peters Last Report of the English Wars,* 1646, p. 6.

El problema, en el ejército, llegó a su punto álgido en la primavera de 1647, con el intento de disolver los antiguos regimientos y formar otros nuevos para que prestaran su servicio en Irlanda. La tropa, dirigida por la caballería de campesinos, se organizó, nombró diputados (llamados «agitadores») de cada uno de los regimientos para que formaran parte de un comité central y se comprometió a mantener su solidaridad y a no disolverse hasta que se hubieran satisfecho sus demandas. El nivel de organización era muy elevado: una estructura de partido sostenida económicamente por sus propios miembros, un sistema de prensa, contactos con Londres, con los restantes ejércitos y guarniciones y con la Marina de guerra. En este movimiento de masas, no hay duda de que la iniciativa procedía de la tropa, a pesar de que muchos de los suboficiales cooperaron desde el comienzo con gran entusiasmo. Los oficiales (llamados «grandes» por los «igualadores») mantuvieron, por un tiempo, una actitud vacilante, intentando mediar entre la mayoría presbiteriana del Parlamento y la tropa. Más adelante, cuando se dieron cuenta de que la tropa se había decidido a intervenir, se incorporaron resueltamente al movimiento, intentando canalizar sus energías hacia sus propios intereses. Se concentraron principalmente en la tarea de restringir las demandas de los soldados a sus aspectos profesionales y políticos y a minimizar el programa social y económico que los «igualadores» intentaban esbozar a nivel de movimiento de tropa.

El Ejército y el Parlamento existían ahora como poderes rivales en el seno del Estado. En junio de 1647, los agitadores (posiblemente con el consentimiento de Cromwell) mandaron a Cornet Joyce a

secuestrar a Carlos; esta acción tenía como finalidad impedir que los parlamentarios «presbiterianos» llegaran a un acuerdo con el Rey a espaldas del Ejército. Al día siguiente, en una reunión general, el Ejército contrajo un «compromiso» solemne de no dividirse hasta haber asegurado las libertades de Inglaterra. Se formó un Consejo Militar en el que los representantes electos de los soldados ocupaban escaños junto a los oficiales para decidir cuestiones políticas. Desde entonces, Inglaterra no ha visto de nuevo un control democrático del Ejército como el existente durante los siguientes seis meses. Entonces, el Ejército, con el Rey como rehén, marchó sobre Londres. Los principales líderes «presbiterianos» abandonaron la Cámara de los Comunes, dejando temporalmente el control a Cromwell y los «independientes». El Ejército estaba en una posición decisiva para influir en las decisiones políticas.

Esto era exactamente lo que los pequeños caballeros «independientes» querían. Habían conseguido deponer a sus grandes rivales y estaban perfectamente satisfechos con el viejo sistema (con o sin el Rey). No tenían ninguna intención de consentir mayores transformaciones, en la medida en que ellos ocuparan la posición dominante. Pero la pequeña burguesía, cuyo mejor portavoz era, cada vez más, el grupo de los «igualadores», abogaba por amplios cambios. Y, por otra parte, la influencia de este grupo crecía a pasos agigantados en el seno del Ejército. Sus reivindicaciones comprendían la libertad completa de comercio para los pequeños fabricantes, así como la total liberación de las grandes compañías de los monopolios corruptos que el Parlamento había abolido; la separación de la Iglesia y el Estado, y

abolición de los diezmos; la seguridad de los pequeños propietarios y la reforma de la ley de deudores. Y, para asegurar el cumplimiento de estas peticiones, exigían la instauración de una República, la expansión de los privilegios parlamentarios y el derecho de voto para todos los hombres mayores de edad.

Estos fueron los puntos centrales en el debate sobre la pretendida constitución «igualadora» (llamada «Acuerdo del pueblo»), llevado a cabo por el Consejo Militar celebrado en Putney durante los meses de octubre y noviembre de 1647. El igualador Rainborowe pedía el derecho de voto para los hombres mayores de edad porque pensaba que «tanto derecho tenen a vivir los ingleses más pobres como lòs más ricos».[29] Ireton, yerno de Cromwell, resumió el problema de los jefes militares de Inglaterra cuando dijo: «En sentido amplio, la libertad no puede conseguirse si la propiedad debe ser mantenida».[30] Los «igualadores», en un intento de conseguir el control del Ejército, fueron derrotados por sus jefes (en Ware, noviembre de 1647) y esta derrota tuvo como consecuencia la dispersión del Consejo Militar y el fin de la democracia en el Ejército. Pero, entretanto, el Rey había escapado de su cautiverio; la Guerra Civil estalló de nuevo en mayo, con lo que el Ejército se reunió de nuevo en torno a Cromwell.

Después de la victoria militar en esta segunda Guerra Civil, los Jefes militares y los «igualadores» se unieron para expulsar a los pactistas del Parlamento (Depuración de Pride) y someter al Rey a la

29. Woodhouse, *Puritanism and Liberty*, p. 53. Rainborowe fue asesinado más tarde por criminales realistas.
30. *Ibid.*, p. 73.

justicia. Después de un rápido proceso, en el que se le consideró como «enemigo público de las gentes honradas de la nación», fue ejecutado el 30 de enero de 1649. A su vez, se declaró que la Monarquía era una institución «innecesaria, onerosa y dañina para la libertad, seguridad e intereses públicos del pueblo» y por tanto fue abolida. La Cámara de los Lores, que también fue suprimida, fue considerada «innecesaria y peligrosa». El 19 de mayo de 1649 se proclamó la República. Sin embargo, el «Acuerdo del Pueblo», la extensión de los derechos ciudadanos y las demandas socioeconómicas de los «igualadores» seguían estando tan lejos como siempre de ser satisfechas, por lo que éstos se sintieron traicionados. Los Jefes fueron capaces de provocarles a una sublevación que fracasó, quedando totalmente aislados y perdiendo a sus líderes, que fueron fusilados en Burford (mayo de 1649).

No resulta difícil explicar el fracaso de los igualadores. Sus demandas eran las de la pequeña burguesía, una clase siempre inestable y difícil de organizar a causa de su dependencia, tanto económica como ideológica, de la gran burguesía (piénsese en lo impotente que es, hoy en día, la moralidad liberal para controlar un mundo en constante cambio). Además, hay que considerar que en el siglo XVII la pequeña burguesía estaba en proceso de estratificación. Puesto que, si algunos de los labradores y artesanos ricos consiguieron prosperar y abrirse camino entre la burguesía y la nobleza, la mayoría de ellos se vieron reducidos a la situación de trabajadores agrícolas, completamente desposeídos de tierras. Los acontecimientos de la Guerra Civil aceleraron este proceso. Los miembros más destacados de la pequeña burguesía

se dieron cuenta de que tenían intereses comunes con la gran burguesía, como en el caso de los *kulâks* de la Revolución rusa. Por ejemplo, ambos aceptaron gustosamente el sistema de cercados agrícolas y el empleo de trabajo asalariado en la producción de mercancías. En consecuencia, este grupo social desertó del movimiento igualador tan pronto como éste dejó de ser el ala más revolucionaria de la burguesía para empezar a atacar, él mismo, a la gran burguesía. Por otra parte, la fracción que iba perdiendo puestos en la escala social tendía a la irregularidad y al derrotismo. El ideal igualador consistía en la Utopía del pequeño productor en lo que respecta a la economía, y en la democracia pequeñoburguesa en cuanto a la política. A pesar del foco compacto que suponía el Ejército, el movimiento igualador nunca representó a una clase lo suficientemente homogénea como para conseguir sus propósitos. La plena realización de las tareas democráticas, incluso en el caso de la revolución burguesa, es imposible a menos que se disponga de una clase obrera capaz de conseguirlas. Los éxitos más radicales de la revolución burguesa en Inglaterra (abolición de la monarquía, confiscación de las propiedades de la Iglesia, la Corona y la aristocracia) se consiguieron gracias a lo que Engels llamó «los métodos plebeyos» de los «igualadores» e «independientes»; pero se carecía de un movimiento organizado de la clase obrera que pudiera aportar una visión clara de un orden social distinto y una teoría revolucionaria científica, capaz de dirigir a la pequeña burguesía a un choque frontal con el poder del gran capital. Después de los fusilamientos de Burford, el movimiento igualador decayó considerablemente. Muchos de sus líderes se volvieron ambiciosos o empeza-

ron a especular con la tierra, otros eligieron el camino del terrorismo, incluso a veces con el apoyo de los realistas. Los restantes se pusieron a trabajar en favor de los distintos movimientos religiosos radicales que aparecieron en ese período, en especial, el movimiento pacifista de los cuáqueros y el anarquista de los anabaptistas.

El movimiento de los «cavadores» («diggers») representó el punto de máxima confluencia entre la revolución burguesa inglesa y los intereses de las clases desposeídas. Consistió en un intento de establecer, por medio de la acción directa, una forma de comunismo agrario que reuniera a todos los miembros del proletariado rural desposeído, los cuales sostenían que los lores y los propietarios habían sido vencidos de la misma manera que lo había sido el Rey, y que la victoria del pueblo había liberado el suelo inglés que ahora ellos tomaban para cultivarlo. Aplicando el slogan político de Rainborowe a la economía, el «cavador» Gerrard Winstanley escribió que «el hombre pobre tiene el mismo derecho a poseer la tierra que el rico».[31] En la primavera de 1649, un grupo de «cavadores» empezó a trabajar la tierra yerma de S. George's Hill, en Surrey. Presos de gran indignación, los nobles y clérigos locales fueron en busca de los militares que consiguieron dispersar la colonia comunista. Posteriormente, hubo nuevos intentos en los condados de Kent, Buckingham y Northampton, pero el movimiento no consiguió nunca grandes dimensiones, pues aunque representaba a una clase en expansión, seguía siendo reducida; su debilidad puede constatar-

31. Ed. Hamilton, *Selections from the Works of Gerrard Winstanley*, p. 69.

se en el pacifismo y la resistencia pasiva predicados por sus líderes.

El ideal comunista de Winstanley fue, en algún sentido, retrógrado, pues procedía de una comunidad aldeana ya desintegrada por el capitalismo. Sin embargo, los cavadores fueron los oponentes más radicales e igualitarios con los que chocó el viejo orden feudal. De alguna forma, las claras y simples afirmaciones de Winstanley tienen un tono contemporáneo: «Esa es la esclavitud de la que el pobre se queja: que sus hermanos le mantengan en la pobreza cuando la tierra da suficiente producto para todos».[32] «Todos hablan de la libertad pero pocos trabajan para conseguirla y los que lo hacen son oprimidos por los predicadores y maestros de la libertad.» Pues «es evidente que si nos dejaran hablar destruiríamos las viejas leyes y juzgaríamos a sus defensores como hipócritas y traidores a la república de Inglaterra».[33] Winstanley no habló sólo del pasado; vislumbraba un futuro en el que «la tierra más poderosa del mundo será aquella en la que el pueblo viva unido en una comunidad de intereses, puesto que todos responderán como un solo hombre a la hora de defender su patrimonio».[34]

* * *

La historia de la Revolución inglesa que va de 1649 a 1660 puede contarse brevemente. Los fusilamientos de los «igualadores» en Burford, dirigidos

32. *Ibid.*, p. 157.
33. *Ibid.*, pp. 68-74.
34. *Ibid.*, p. 42.

por Cromwell, hicieron inevitable la restauración de la monarquía y de la Cámara de los Lores, pues el abismo existente entre la gran burguesía y la nobleza, por un lado, y las fuerzas populares por otro, significaba que el gobierno de aquéllas sólo podía mantenerse de dos formas: o bien por medio de un ejército (que a largo plazo resultaba muy caro y difícil de controlar), o bien por medio de un compromiso con los representantes supervivientes del antiguo orden social. Pero, previamente, quedaban aún algunas tareas por realizar:

1) El primer gran triunfo del imperialismo británico y el primer gran fracaso de la democracia británica fue la conquista de Irlanda y la expropiación de sus terratenientes y labradores. La pequeña burguesía del Ejército, en lugar de seguir los consejos de muchos de los líderes «igualadores», permitieron que se les hiciera olvidar la necesidad de establecer sus propias libertades en Inglaterra y, engañados por slogans religiosos, destruyeron las de los irlandeses. Muchos de ellos se instalaron en Irlanda como propietarios agrícolas. (La sublevación de los «igualadores» en 1649 tuvo su origen en la negativa de gran parte de la base del movimiento a marchar hacia Irlanda, pues esto suponía la violación del Compromiso de 1647, según el cual no se escindirían hasta haber asegurado las libertades en Inglaterra.)

2) La conquista de Escocia, necesaria para prevenir la restauración, desde allí, del viejo orden social. Escocia se abrió a los comerciantes ingleses por medio de la unión política.

3) Mediante el Acta de Navegación de 1651, se emprendió una política comercial avanzada que sentó las bases de la prosperidad mercantil de Inglaterra

durante el siglo siguiente. Esta pretendía conseguir el transporte comercial de Europa para los barcos ingleses y excluir toda competencia en el comercio con las colonias inglesas. Así se originó una guerra con los holandeses, monopolizadores del transporte comercial durante la primera mitad del siglo XVII. Y ello había sucedido porque en ese período la política real frustró todos los intentos de la burguesía para utilizar los recursos de Inglaterra en una lucha efectiva por la obtención de este comercio. En esta guerra, la movilización fue posible gracias a la flota de Blake y al poderío económico del gobierno republicano. Inglaterra se hizo con la victoria.

4) Una política imperialista requería una Armada fuerte que Carlos no había logrado reunir y que, en cambio, consiguió la República con la ayuda de Blake. La guerra que Inglaterra, aliada entonces de Francia, libró contra España le valió la anexión de Jamaica y Dunkerque.

5) La abolición de las formas de propiedad feudal significó que los terratenientes consiguieron, frente al Rey, un poder absoluto sobre *sus* propiedades; mientras que aquellos que se regían por contratos enfitéuticos no pudieron lograr una seguridad semejante para *sus* posesiones. Esto les puso en manos de los terratenientes y preparó el camino para la posterior venta de sus cercados y para la expropiación de los próximos 150 años.

6) En el interior del país, se aseguró la imposibilidad de una restauración violenta del antiguo orden social por medio de la demolición de las fortalezas, el desarme de los caballeros y la gravación fiscal de las propiedades de la nobleza. Esto último arruinó a muchos caballeros, forzándoles a vender sus propie-

dades agrícolas y, con ellas, sus ansias de prestigio social y de poder político. Para muchos dueños de propiedades económicamente poco desarrolladas, en un estado de deudas desesperado, el período iniciado con la República supuso una magnífica oportunidad para la redención de sus hipotecas, liberando así el capital de los imprevisores terratenientes.

7) Por último, se confiscaron y vendieron las propiedades de la Iglesia, la Corona y de muchos líderes realistas, con el fin de financiar las nuevas actividades de los gobiernos revolucionarios. A otros realistas, a los que también se les habían confiscado las tierras, se les permitió «redimirlas» a cambio de pagar por ellas una multa igual a una importante proporción de sus propiedades (y de esta forma se veían obligados a vender privadamente una parte de su propiedad, a fin de poder conservar el resto).

Si recordamos estos puntos, no es necesario entrar en los detalles de las revoluciones políticas por las que cruzó el país durante los once años siguientes. Cromwell disolvió por la fuerza el Parlamento Largo en 1653, nombró una comisión de partidarios suyos (el Parlamento Barebone) que revitalizó las demandas económicas y políticas de la pequeña burguesía y tuvo que ser rápidamente disuelta. Entonces, Cromwell fue nombrado Protector bajo una Constitución (el «Instrumento de Gobierno») que fue manipulada con el fin de ocultar el poder dictatorial de los oficiales del Ejército. Bajo esta Constitución, Cromwell formó un nuevo Parlamento en base a una exención de 200 libras esterlinas, por la cual los hombres adinerados tenían derecho a voto y los propietarios medios quedaban excluidos de él. Pero el Parlamento y el Ejército entraron en conflicto; el Parlamento

fue disuelto y el país entró en una etapa de evidente dictadura militar durante la cual los generales completaron el proceso de desarme de los caballeros. Finalmente, Cromwell y su círculo cortesano (que representaba especialmente al nuevo funcionariado) se dieron cuenta, bajo la presión de la «City», de que el Ejército había cumplido ya su cometido y su mantenimiento significaba en aquel momento una pesada carga (en forma de impuestos) para las clases propietarias que no se veía compensada por ningún tipo de ventajas.

Además, la tradición igualadora y democrática seguía viva en el Ejército a pesar de las repetidas depuraciones y de los destacamentos de las unidades más temidas políticamente a Irlanda, Jamaica o Flandes. Así pues, en 1657, Cromwell se rindió ante su segundo Parlamento y aceptó una nueva constitución parlamentaria. Esta constitución (la «Humilde Petición y Consejo») arrebató el poder ejecutivo del consejo que representaba a los altos jefes militares y lo traspasó a otro consejo controlado por el Parlamento, sometió el Ejército al control financiero del Parlamento, dio un carácter no electivo al protectorado y extendió el control parlamentario hasta la persona del Protector. La nueva Constitución fue presentada por un miembro de la burguesía ciudadana y fue apoyada por muchos de los antiguos «presbiterianos» que pronto darían la bienvenida a Carlos II. Lo único que impidió a Oliverio aceptar la corona del reino fueron las protestas del Ejército. Los Jefes del Ejército fueron sobornados por medio del ofrecimiento de escaños en la segunda Cámara que iba a formarse.

Pero Cromwell murió en 1658, antes de que esta constitución hubiera tenido tiempo de funcionar sa-

tisfactoriamente. Su hijo y sucesor, Ricardo Cromwell, no tenía la misma influencia que su padre en el Ejército, y esa última Petición y Consejo era tan parecida a la monarquía que no había duda ya de que la burguesía aceptaría a Carlos II si éste la aceptaba y si era posible la disolución del Ejército. Pero cuando los altos cargos militares depusieron a Ricardo Cromwell en una revolución palaciega y se hicieron con el poder, se produjo un cambio repentino. El Ejército inglés de ocupación destacado en Escocia, bajo el mando del aventurero ex realista general Monck, no había participado hasta el momento en las intrigas políticas inglesas. Monck se había dedicado a la depuración de los elementos de izquierda bajo su mando y al constante refuerzo de la «disciplina». Ahora, la esperanza de las clases conservadoras del Estado se centró en él, pues existía un gran temor frente al radicalismo de los ejércitos ingleses. Monck se hizo cargo de la situación. Con la aprobación y el respaldo financiero de la nobleza escocesa, salió hacia Inglaterra con su depurado y disciplinado Ejército, y se mostró a favor de un Parlamento libre elegido según los antiguos usos, por lo que mereció el aplauso conjunto de la burguesía y la nobleza. Tanto una como otra sabían que un Parlamento «libre» significaba el dominio de las clases terratenientes. «Libertad» es un término relativo. Este Parlamento llamó de nuevo a Carlos II en mayo de 1660.

De forma muy resumida, esto es lo que ocurrió. Tratemos ahora de ver por qué ocurrió. Las características más notables de los cincuenta es el creciente conservadurismo de los líderes «independientes», su creciente temor a la revolución social y el proceso por el cual sucumbieron y quedaron asimilados a los «pres-

biterianos». Esto resulta especialmente evidente en la escisión de clase que tuvo lugar en el seno del Ejército (tan poderoso cuando estaba unido en 1647 y en el período diciembre de 1648-enero de 1649). Después de la ruptura con los «igualadores», la disputa por las tierras confiscadas ayudó a ensanchar esta brecha, pues los oficiales habían comprado las tierras con bonos (promesas de pagar salarios) adquiridos a sus tropas con un considerable descuento. Además de recibir un trozo de papel en lugar del salario por arriesgar sus vidas al servicio del Parlamento, los componentes de la tropa podían considerarse agraciados si obtenían siete chelines y seis peniques por cada bono de una libra esterlina. Muchos tuvieron que conformarse con menos (un chelín y seis peniques o dos chelines). Pero para aquellos que eran lo suficientemente ricos como para poder esperar, los «bonos» fuerón una buena inversión. Con posterioridad a 1657, también los suboficiales se sintieron traicionados por los Jefes, que les habían vendido por nuevos escaños en la Cámara Alta. El miedo a un posible entendimiento político entre los suboficiales y la tropa explican la rapidez con que Carlos II reorganizó la política interior.

En 1645, las transferencias de tierras habían terminado; existía ya una nueva clase de terratenientes, deseosa, ahora, de paz y de orden para explotar sus propiedades. La nobleza «independiente» —la clase de Oliverio Cromwell— había sido la punta de lanza de la revolución porque pretendió abolir el monopolio de privilegios sociales y políticos que ostentaban los terratenientes *feudales,* y utilizarlos en favor de su propia clase. No deseaban abolir la gran propiedad de la tierra como tal, y los partidos de izquierda

que incluían este punto en sus programas dejaron de ser aliados útiles para ser considerados enemigos peligrosos en el momento mismo en que la nobleza «independiente» alcanzó la posición de la vieja clase dominante. El ataque a los diezmos hizo que los propietarios de bienes expropiados[35] descubrieran virtudes insospechadas en la antigua estructura de la Iglesia, mientras que los «éxcesos» de las sectas democráticas —cuáqueros y demás— hacían suspirar a la aristocracia rural por el establecimiento de una Iglesia estatal, uniforme, disciplinada y no democrática.

Durante el interregno, se produjeron intentos en la industria de organizar a los pequeños propietarios agrícolas frente al poder del capital mercantil. En una dura lucha de clases se forzó un aumento de los salarios. Añadamos a esto las dificultades financieras y la gravación fiscal arbitraria que el gobierno se vio forzado a imponer una vez consumidos los fondos obtenidos de la tierra (pues el Parlamento se negó a nuevos impuestos para el Ejército) y entenderemos el deseo de la nueva clase dominante por llegar a un compromiso con su antecesora en el poder y por acordar una restauración de la antigua ley que garantizara el nuevo orden social.

Pero la Restauración no fue una restauración del antiguo régimen. No era una muestra de la debilidad de la burguesía y la nobleza, sino más bien una prueba de su fuerza. Después de 1660 no se produjeron grandes alteraciones ni entre el personal del funcionariado, ni en los Tribunales de Justicia ni entre los financieros del gobierno. Carlos II reapareció como si hubiera estado reinando por un derecho hereditario

35. Ver p. 56.

divinamente conferido desde que la cabeza de su padre cayera en el patíbulo de Whitehall. Pero el Rey no se encontró en la misma situación de su padre. No se reimpusieron los tribunales especiales, con lo cual Carlos II no tenía ninguna autoridad ejecutiva independiente.[36] La legislatura ordinaria, adaptada por sir Edward Coke a las necesidades de la sociedad capitalista, triunfó sobre la antigua interferencia arbitraria de la Corona y las peticiones reformistas de los «igualadores». En la Revolución inglesa no se dio una racionalización del sistema legal comparable al *Código de Napoleón* que la Revolución francesa produjo para la defensa de la pequeña propiedad. Con posterioridad a 1701, la subordinación de los jueces al Parlamento fue un punto de la Constitución: la nobleza dominó los gobiernos locales a través de su cargo de Jueces de Paz. El Rey no podía decidir nuevos impuestos sin el consentimiento del Parlamento (a pesar de que, por falta de previsión, el Parlamento concediera a Carlos con carácter vitalicio los ingresos aduaneros; pues fue tal la expansión del comerico bajo su reinado que en su última etapa, el Rey era prácticamente independiente desde el punto de vista financiero. Esta situación se rectificó después de 1688). Carlos fue coronado Rey por la gracia de Dios, pero en realidad era Rey por la gracia de los comerciantes y los escuderos. El mismo lo reconoció cuando dijo que no quería volver a viajar otra vez. Jaime II fue menos cauto en cuanto al reconocimiento de las limitaciones de su posición, y viajó.

36. En un primer período, el ejecutivo era controlado por el Parlamento que podía recusar a los ministros en caso de desacuerdo con su conducta, y más adelante, mediante el desarrollo del sistema de gabinete ministerial.

Los Obispos reaparecieron junto con el Rey, pero la Iglesia no recuperó su antiguo poder independiente ni su monopolio en la manufactura de la opinión pública. El Alto Tribunal Eclesiástico no fue restaurado; los Tribunales Eclesiásticos menores fueron perdiendo gradualmente su capacidad para hacer cumplir sus sentencias y la Asamblea abandonó su petición de gravar al clero con independencia del Parlamento. La Iglesia de Inglaterra cedió incluso en su pretensión de aglutinar a todos y limitó sus objetivos a mantener un cierto grado de sujeción sobre los no-conformistas en lugar de intentar reabsorverles. Dejó de ser un instrumento de poder y se convirtió en la señal de la respetabilidad. El reconocimiento de la existencia de movimientos no-conformistas data de la Restauración: el Estado y la Iglesia habían dejado de ser instituciones idénticas. Empezó a configurarse una cultura independiente de la clase media. La Iglesia de Inglaterra, al dejar de ser un órgano poderoso de gobierno al servicio del Rey, se mantuvo únicamente como la más rica de las diversas organizaciones religiosas rivales. Y también ella estaba bajo el control del Parlamento. Los obispos habían sido los instrumentos más fieles de Carlos I. Fueron los obispos los primeros que negaron su obediencia a Jaime II.

Algunos de los realistas ricos habían vuelto a comprar sus tierras antes de 1660. Otros las volvieron a obtener entonces. Las posesiones de la Iglesia y de la Corona también fueron devueltas. Pero la masa de pequeños productores realistas, que habían vendido privadamente sus posesiones después de haberse arruinado por la causa, no recibieron nada a cambio. E, incluso, allí donde las tierras fueron de-

vueltas a los terratenientes, no lo fueron en las antiguas condiciones. Las posesiones feudales habían sido abolidas en 1646, y la confirmación de su abolición fue el primer asunto que mereció la atención del Parlamento después del retorno del Rey en 1660. Todos los derechos de propiedad absoluta de los grandes terratenientes estaban a salvo. Muchas de las tierras confiscadas habían estado en manos de especuladores, en su mayoría, entre los años 1646 y 1660, lo que quiere decir que habían mejorado sus formas de cultivo, de cercados y habían aumentado las rentas a nivel de mercado. Los realistas que se reincorporaron a ellas tuvieron que adaptarse, a la fuerza, a las nuevas condiciones del mercado libre; es decir, transformarse en granjeros *capitalistas* o en arrendatarios de sus parcelas, o sucumbir en la lucha competitiva.

Muchos de los terratenientes restaurados en 1660 hipotecaron y vendieron de nuevo sus parcelas a fines de siglo. Entre estos terratenientes debemos incluir al Rey, que a partir de ahora dependía de los presupuestos del Parlamento, el primer funcionario de Inglaterra. Desde entonces el Rey tuvo que renunciar a «vivir a su manera», lo cual podía antes permitirse gracias a los ingresos privados procedentes de sus derechos feudales, y por tanto ya no pudo volver a ser independiente. En el siglo XVIII tenía influencia, pero no un poder independiente. Por otra parte, el fracaso del movimiento democrático para conseguir la absoluta seguridad legal de la posesión de los pequeños propietarios agrícolas dejó la puerta abierta al descarado aumento de las rentas, cercados, desahucios, y a la creación de un proletariado desposeído que no podía esperar nada de un Parlamento y de un

sistema judicial dominados por las clases propietarias.

En el mundo de los negocios, los monopolios y el control real de la industria y el comercio desaparecieron para siempre. Tanto los premios como las leyes que regulaban el aprendizaje se desdibujaron durante el interregno y no hubo ningún intento efectivo para revitalizarlos. Una vez liberados, el comercio y la industria se desarrollaron rápidamente. Durante la Restauración no se produjo ninguna ruptura en la política comercial, ni en la imperial, ni en la política exterior. El Acta de Navegación fue renovada por el gobierno de Carlos II y pasó a ser el soporte de la política inglesa, el medio por el cual los mercaderes ingleses monopolizaron la riqueza de las colonias. Las compañías comerciales exclusivas perdieron su fuerza, excepto donde circunstancias especiales hacían necesaria su conservación para la burguesía (la Compañía del Este de las Indias, por ejemplo). La completa dominación de los intereses monetarios se estableció con posterioridad a la segunda revolución (1688), con la fundación del Banco de Inglaterra y de la Deuda Nacional (1694). Los años que mediaron entre 1660 y 1688 constituyeron un período de economización, en el que la riqueza se acumulaba con el fin de financiar una desmesurada política imperialista que el Protectorado inició pero no fue capaz de concluir. Hacia fines de siglo, se reanudó bajo el control absoluto del Parlamento que representaba los intereses de los terratenientes y de los adinerados, unidos fundamentalmente por sus formas similares de producir.

Asimismo la tecnología se benefició enormemente de la liberación de la ciencia y del gran estímulo que

suponía la libertad de pensamiento y de experimentación que la revolución trajo consigo. Las revoluciones en la industria y la técnica agrarias que cambiarían por completo el aspecto de Inglaterra en el siglo XVIII, no habrían visto la luz de no ser por la revolución política del siglo XVII. La libertad de pensamiento que en Inglaterra se produjo en las últimas décadas del siglo XVII y durante el siglo XVIII tuvieron gran influencia en las ideas de la Revolución francesa de 1789.

En 1660 se predicaba la obediencia pasiva desde todos los púlpitos; se devolvía al país un Rey «ungido por el óleo sagrado» porque el Parlamento le requería, pues las clases posesoras se veían amenazadas por una revolución social desde abajo. El retorno de los *emigrados* produjo un terror blanco y se intentó apartar de la vida política a todos aquellos que no aceptaran el régimen restaurado de la Iglesia y el Estado (el Código de Clarendon, el Acta Testimonial). Los avances educacionales, así como la depuración que hizo de Oxford un centro de investigación científica, fueron invertidos. Todo ello rompió el movimiento revolucionario-democrático por un tiempo, pero resurgió de nuevo en los años sesenta, setenta y ochenta. En 1662 un clérigo «presbiteriano», privado de sus medios de vida por la Restauración, escribió en términos que despertaron de nuevo los temores de muchos miembros respetables de las clases posesoras de la época:

> «A pesar de que poco después del establecimiento de la nación nos dimos cuenta de la existencia de un partido despreciativo y tramposo... y a pesar de que yo desde entonces he

> sufrido todo esto, no lo recuerdo tan turbulento como el miedo que sentía entonces... Entonces pasamos a depender de la voluntad y el impulso de una multitud vertiginosa, loca y sanguinaria.»[37]

Muchos «presbiterianos» retornaron a la Iglesia de Inglaterra, que volvía a estar en uso. Pero muchos de los párrocos y nobles que predicaban la obediencia pasiva a la autoridad constituida en 1660, se unieron en su deseo de expulsar a Jaime II en 1688, cuando cometió el error de admitir esas teorías del valor divino de su figura y amenazó con la restauración del viejo absolutismo monárquico. Jaime fue expulsado por la «Revolución Gloriosa» de 1688, «gloriosa» porque no produjo víctimas y porque no alteró el orden social, no hubo «anarquía» ni se vio la posibilidad de que las demandas revolucionario-democráticas pudieran resurgir.

Desde entonces los historiadores ortodoxos han hecho lo imposible por subrayar la «continuidad» de la historia inglesa, por minimizar las rupturas revolucionarias, han pretendido que el interregno (la misma palabra muestra lo que intentaban hacer) fue un accidente infortunado, que en 1660 se volvió a la antigua Constitución cuyo desarrollo había sido normal y que 1688 sirvió simplemente para corregir las aberraciones de un Rey equivocado. Mientras que, de hecho, el período comprendido entre 1640 y 1660 había presenciado la destrucción de un tipo de Estado y había visto la introducción de una nueva estruc-

37. H. Newcome, *Autobiography,* I, pp. 118-9 (Chetham Soc., Vol. 26).

tura política en la que el capitalismo podía desarrollarse con libertad. La clase dominante, en 1660, *simuló,* por razones tácticas, que estaban simplemente restaurando las formas de la antigua Constitución. Pero, en realidad, estaban intentando legitimar un nuevo orden social. El punto esencial es que el orden social era nuevo y que no podría haber existido sin la revolución.

> «Si los textos son ciertos», dijo el "igualador" Rainborowe en 1647, «ha habido muchos choques entre los hombres honestos de Inglaterra y aquellos que han intentado tiranizarles; y si atendemos a su lectura, no hay ninguna de esas leyes justas y equitativas para las que el pueblo de Inglaterra ha nacido, sino que el conjunto de ellas le agarrota. Pero... si el pueblo considera que la ley no es adecuada a los hombres libres como ellos, no conozco ninguna razón que me impida... por todos los medios, intentar elaborar otra ley más ventajosa para ellos que la utilizada por el gobierno bajo el que viven.» [38]

Es por la lucha por la que se obtienen las reformas, de la misma manera que es por la lucha que conservamos las libertades que nuestros antepasados consiguieron para nosotros. Y si el pueblo considera que el sistema legal «no se adecua a la libertad tal y como existe», entonces debe cambiarse por medio de la acción conjunta. Esta es la lección que nos legó el siglo XVII. Winstanley pensaba en nosotros cuando

38. Woodhouse, *Puritan and Liberty,* p. 14.

escribió en el encabezamiento de uno de sus más apasionados panfletos:

> «Si cuando nuestros cuerpos de barro reposen en la tumba, hay niños en nuestro lugar, será señal de que luchamos por la verdad, la paz y la libertad de nuestros días.»[39]

«Libertad», añadió con la aspereza que nace de la experiencia, pero también con orgullo y confianza, «libertad en el hombre que girará el mundo de arriba abajo y por lo tanto no se extrañará de tener enemigos». Y la libertad no era para Winstanley un slogan político barato: significaba la lucha vital de los camaradas para construir una sociedad basada en la propiedad comunal, una sociedad cuyo pueblo llano pensara que valía la pena defender con todas las fuerzas porque era *su* sociedad. «La verdadera libertad reposa en espíritu en la comunidad y la comunidad en el tesoro de la naturaleza.»[40]

> «Esta libertad republicana unirá los corazones de todos los ingleses en un mismo empeño, de forma que si un enemigo extranjero intenta introducirse en el país, nos levantaremos todos con un mismo deseo para defender nuestro legado y éste será el caso de todos. Mientras que ahora el pobre ve que, a pesar de que luche y venza al enemigo, él o sus hijos pueden seguir siendo esclavos de esa nobleza que nos oprime.»[41]

39. Winstanley, *Selections*, p. 66.
40. *Ibid.*, pp. 67-8.
41. *Ibid.*, p. 103.

«La propiedad ... divide el mundo en distintos partidos, y es la causa de todas las guerras, de los derramamientos de sangre y de las contiendas que ocurren en cualquier lugar.»

«Cuando la tierra vuelva a ser un tesoro común, según debe ser, ... entonces dejará de existir esta enemistad en todas las tierras.»[42]

Todavía tenemos mucho que aprender del siglo XVII.

42. *Ibid.*, pp. 42, 38.

# INDICE